

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 183 *Editorial*

ENERO-MARZO DE 2021

80 años
1940
2020

EL COLEGIO
DE MÉXICO

“Son muchas las contribuciones de El Colegio para el desarrollo de nuestro país”: López Obrador

A 80 años de El Colegio de México
Andrés Lira

Las cuatro transformaciones del Colmex
Javier Garcíadiego

Nuestros compromisos.
Palabras en el 80 aniversario de El Colegio de México
Silvia E. Giorguli Saucedo

La historia oral de los 80 años

El Colegio de México: 80 años de vida académica. Exposición virtual

Í N D I C E

Presentación

■ 2

“Son muchas las contribuciones
de El Colegio para el desarrollo
de nuestro país”:
López Obrador

■ 4

A 80 años de El Colegio de México

■ *Andrés Lira* ■ 10

Las cuatro transformaciones del Colmex

■ *Javier Garcíadiego* ■ 14

Nuestros compromisos.
Palabras en el 80 aniversario
de El Colegio de México

■ *Silvia E. Giorguli Saucedo* ■ 19

La historia oral de los 80 años

■ 25

El Colegio de México:
80 años de vida académica

Exposición virtual

■ 64

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 555449 3000, ext. 3077

Presidenta SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ *Secretario general* GUSTAVO VEGA ■ *Coordinadora general académica* ANA COVARRUBIAS VELASCO ■ *Secretario académico* PATRICIO SOLÍS ■
Secretario administrativo ADRIÁN RUBIO ■ *Directora de publicaciones* GABRIELA SAID ■ *Coordinadora de producción editorial* CLAUDIA PRIANI ■ *Editor* ULISES MARTÍNEZ FLORES ■
Corrector ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ *Coordinador de diseño* PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ *Coordinador de promoción y ventas* JULIO LEGORRETA BALBUENA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 183, ENERO-MARZO DE 2021

Impresión: Druko

Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PÉREZ

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.

Presentación



El año 2020 lo recordaremos todos como el de la pandemia de covid, pero los miembros de la comunidad de El Colegio de México, además, no lo olvidaremos por ser el de los 80 años de nuestra institución. Fueron muchas las actividades organizadas y realizadas para conmemorar estos ocho decenios.

El 10 de marzo, en el marco del Día Internacional de la Mujer, tuvimos todavía la oportunidad de reunirnos en el Auditorio Alfonso Reyes en dos actividades: la primera, “Mujeres en la historia de El Colegio de México”, un reconocimiento a Josefina Zoraida Vázquez por su amplia trayectoria académica como mujer profesora-investigadora de esta institución y a Margarita Arriaga por su amplia trayectoria como mujer trabajadora perteneciente al personal administrativo, así como a Carmen Moreno Toscano, Margarita Sepúlveda Amor y Argentina Terán de Erdman, egresadas de la primera generación de la Licenciatura en Relaciones Internacionales (1961-1963). La segunda actividad, “Mujeres en la construcción de El Colegio de México”, un encuentro para dialogar, con la participación de Micaela Chávez, directora de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas; Gabriela Said, directora de Publicaciones, y Orlandina de Oliveira, profesora-investigadora del Centro de Estudios Sociológicos, moderado por Daniela Hall, de Colmentoras.


Apenas unas semanas después, el Colmex suspendió sus actividades presenciales y nos fuimos encontrando en el llamado mundo virtual. En esos nuevos espacios continuaron las actividades para celebrar el aniversario 80 de El Colegio, con un diálogo coral que poco a poco

fue edificándose e involucrando a muchos. Entre otras iniciativas, se creó el sitio en internet “Historia oral. Ochenta años de El Colegio de México”, en donde han quedado guardados para la memoria, entre otras actividades: ceremonias como la del 8 de octubre, testimonios de 12 de nuestros eméritos, así como otros de profesores y profesoras con una amplia trayectoria en El Colegio, de estudiantes y egresados, y en especial de trabajadoras, tanto académicas como administrativas.

Igualmente, formaron parte de las celebraciones el diálogo “El Colegio que viene” en el que participaron quienes en ese momento dirigían los siete centros de estudio del Colmex, y dos conversaciones entre estudiantes y egresados a las que se llamó “Andanzas en El Colegio de México”.

En las circunstancias que la pandemia impuso en todo el mundo, podemos decir que no hubo obstáculo que detuviera nuestra celebración de la condición de octogenario de El Colegio de México.

Aun convertido en un “voluminoso” número, el *Boletín Editorial* se dedica esta vez al rescate en papel de sólo unas pocas de esas celebratorias y memoriosas voces: una crónica sobre la participación del presidente Andrés Manuel López Obrador en la ceremonia del 8 de octubre y la transcripción de los discursos que en esa misma ocasión leyeron Andrés Lira y Javier Gardiatego, expresidentes de El Colegio, y la presidenta Silvia Giorguli; 12 testimonios de profesores eméritos de El Colegio, y una invitación a la exposición virtual “El Colegio de México: 80 años de vida académica”.

No podría haberse realizado y disfrutado este peculiar cumpleaños sin la invaluable labor de la Coordinación de Educación Digital, la Coordinación de Servicios de Cómputo y la Biblioteca “Daniel Cosío Villegas” y, por ende, no habríamos podido editar este número del *Boletín Editorial*; por eso nuestro agradecimiento a ellos y, de nuestra casa, la Dirección de Publicaciones, a nuestra compañera Alma Lucero Chávez, por la transcripción de los discursos y testimonios aquí publicados. 

“Son muchas las contribuciones de El Colegio para el desarrollo de nuestro país”: López Obrador

Con su característico hablar pausado, pero enfatizando algunas palabras con la voz y con los gestos, como quien platica a un grupo de amigos, sin leer, apenas ojeando un punteo que lo guiaba, Andrés Manuel López Obrador fue claro: “Yo he sostenido que la corrupción es el principal problema de México y no se ha estudiado lo suficiente, de modo que es tiempo todavía de profundizar en el análisis de lo que ha dañado al país”.

El presidente de México se estaba dirigiendo a unas decenas de funcionarios, académicos, trabajadores administrativos y estudiantes de nuestra institución y de la Fundación Colmex, así como de funcionarios de su gobierno en distintas áreas; era escuchado también por muchas y muchos más a través de las redes sociales. Nos visitaba como invitado de honor en la ceremonia de conmemoración de los 80 años de El Colegio de México, el pasado 8 de octubre.

A esa altura de su intervención, había pasado ya más de una hora de su llegada a la explanada principal de El Colegio; se había tomado la fotografía oficial del evento; y también había hecho su aporte al libro de visitantes distinguidos de la institución: un mensaje nada breve, con un escribir pausado como cuando habla, deteniéndose en momentos para decidir qué palabra debería seguir. Y había escuchado las palabras de la actual presidenta, Silvia Giorguli, y de los expresidentes Andrés Lira y Javier Garciadiego, discursos que reproducimos en este mismo *Boletín Editorial*.

Ahora era su turno para concluir la ceremonia. Se había dirigido al micrófono con unas cuantas hojas en la mano a las que apenas dedicó algunos vistazos, de vez en vez, durante la media hora que duró su participación. En esos 30 minutos, Andrés Manuel López Obrador nos contó una muy sintética historia de El Colegio de México, entretejiendo a los personajes que lo fundaron y que lo construyeron con sus publicaciones y sus investigaciones, todo salpicado de anécdotas, sin faltar la “recomendación respetuosa” sobre la investigación acerca de la corrupción que debería de abordar la institución en el futuro inmediato.

El Colegio de México, una institución cardenista

“El Colegio de México tiene que ver con personalidades importantes desde su fundación. Concentra un conjunto de personalidades destacadísimas”, señaló el presidente al hablar de los personajes que han edificado a El Colegio; entre ellas, recordó la acogida que dio el general Lázaro Cárdenas a la intelectualidad de la República española hace más de 80 años, semilla de nuestra institución: “Una de las políticas de mayor trascendencia en materia de relaciones internacionales en el periodo en el que gobernó a México: el momento estelar de la política de asilo, de refugio, de protección a los perseguidos en otros lugares del planeta”.

Y así se expresó de don Lázaro:

Atendió distintos ámbitos de la vida pública: las comunidades más pobres, lo indígena; desde luego, el reparto agrario; impulsó la defensa de los obreros, la organización política —la fundación del Partido de la Revolución Mexicana y los sectores de ese partido—. Tuvo que ver con la expropiación del petróleo [...]. Y también tuvo que ver con el fomento a la educación, a la cultura; y todo esto lo hizo en seis años. Por eso, sostengo que Lázaro Cárdenas está entre los tres mejores presidentes que hemos tenido. Desde luego, el presidente Benito Juárez es excepcional y el presidente Francisco I. Madero es el más demócrata que se haya tenido en la historia de México: nadie como él con vocación por hacer realidad la democracia en el país.

Un conjunto de biografías

En la misma idea de recapitular el “conjunto de biografías” que edifican El Colegio de México desde su fundación, el presidente recordó a Alfonso Reyes: “un intelectual destacadísimo que mereció ser premio Nobel de Literatura, galardón para el que alguna vez fue postulado. Gran ensayista, prosista de primer orden, artífice de la fundación de El Colegio de México y su primer presidente”; y a don Daniel Cosío Villegas: “el mejor historiador que se haya tenido en los últimos tiempos, al menos en lo que tiene que ver con el estudio de la República Restaurada y del Porfiriato. Por eso, El Colegio es una gran institución, porque nació bien; es decir, origen —en este caso— fue destino”.

Con un salto en el tiempo, aludió a los más recientes encargados de la “conducción exitosa” de El Colegio de México y que lo acompañaban en el presidium: Silvia Giorguli: “La escuché en el edificio de Minería hace algún tiempo. Muy inteligente, clara, buena persona, defensora de las mujeres, y está haciendo una labor extraordinaria”; Javier Garcíadiego: “Extraordinario historiador; todos hemos recurrido a sus libros, sus investigaciones sobre los documentos más importantes en la historia de la Revolución, los planes revolucionarios,

las proclamas; todo su trabajo de investigación es de primer nivel”; y Andrés Lira, de quien contó la siguiente anécdota:

Andrés Lira no aceptó ser presidente del Instituto Federal Electoral cuando era el presidente de El Colegio. En ese entonces era yo presidente de un partido. Nos reunimos los dirigentes de los partidos con el secretario de Gobernación de entonces. Era el gobierno del presidente Ernesto Zedillo y Emilio Chuayfett era secretario de Gobernación; creo recordar que Santiago Oñate era presidente del PRI; Felipe Calderón, del PAN, y yo estaba por el PRD. La idea era que por primera vez el Instituto Federal Electoral se independizara de Gobernación y se creara un consejo independiente de este instituto; entonces se propusieron personalidades para ese consejo. Cada partido propuso dos o tres y ya había un acuerdo en lo general, pero tenía que decidirse quién iba a ser el presidente y entonces hubo una propuesta que no obtuvo consenso; se detuvieron los acuerdos y se rompió el diálogo.

Finalmente, recuerdo, se llegó al consenso de que Andrés Lira podía ser quien encabezara el IFE y todos estuvimos de acuerdo. Se le habló y dijo: “No, porque tengo la responsabilidad como presidente de El Colegio”. Muy raro eso, porque antes —ahora son otros tiempos— casi nadie decía que no cuando había un ofrecimiento de ese tipo. Esto habla muy bien de Andrés, mi tocayo, y de El Colegio.

“Todo esto y más explica la importancia de El Colegio”, asentó López Obrador como colofón de la anécdota.

En el recorrido biográfico, no podían faltar exmiembros de la comunidad del Colmex que participan en el actual gobierno de la República, varios de ellos presentes en la ceremonia conmemorativa de los 80 años de El Colegio de México: “Tengo la fortuna de contar, en el equipo de gobierno, con egresados de El Colegio de México; creo que nunca había habido en el gabinete tantos de sus egresados, sobre todo, en puestos muy claves”.

Marcelo Ebrard, actual secretario de Relaciones Exteriores, egresado del Centro de Estudios Internacionales del Colmex, de donde se graduó en



1984 con la tesis “Congreso y democracia en México”; Graciela Márquez, en ese momento secretaria de Economía y hoy en día vicepresidenta del INEGI, maestra en Economía por El Colegio y profesora-investigadora de la institución hasta un día antes de incorporarse al gabinete lopezobradorista; Arturo Herrera, secretario de Hacienda, maestro en economía por El Colegio de México, con la tesis “El votante de la mediana, la distribución del ingreso y las preferencias electorales en México”. Y el entonces secretario de Educación y ahora embajador ante el gobierno de Estados Unidos, Esteban Moctezuma, quien dio clases en la institución: “Yo creo que la UNAM y El Colegio de México comparten preferencia en el gobierno que encabezo, lo cual me

da mucho gusto”, afirmó entonces Andrés Manuel López Obrador.

Las referencias a miembros destacados de El Colegio terminaron con uno de nuestros profesores eméritos: “Es admirable lo que ha hecho Lorenzo Meyer como historiador, como investigador, como editorialista, y es también un activo de esta institución”.

Las publicaciones y los aportes desde la investigación

Las “importantísimas” publicaciones de El Colegio siguieron a las personalidades en el discurso lopez-



obradorista. La *Historia general de México* que “se hizo con la participación de otros investigadores, de otros centros de estudio, y es un trabajo de mucho rigor académico”. La *Historia mínima* que “no es tan mínima, es muy consultada, básica, de lectura obligada”. La serie *Los grandes problemas de México*, “un buen trabajo de investigación”. La *historia moderna de México*: “Vuelvo a don Daniel; ese trabajo de 20 años de investigación, esos diez tomos, son fundamentales para entender no sólo ese periodo de la República Restaurada y el Porfiriato, sino para comprender lo que sucedió después y lo que todavía permanece”.

Y el comentario anterior lo acompañó con la segunda anécdota del día, muestra, por lo demás, de

su manejo memorioso y de sus constantes reflexiones acerca de la historia de México:

Hace poco comentaba que se le atribuye a don Adolfo Ruiz Cortines la regla de oro de la política mexicana del periodo antidemocrático: la de que al presidente le correspondía nombrar a los gobernadores, a los diputados federales y a los senadores; y a los gobernadores les correspondía nombrar a los presidentes municipales y a los diputados locales; y a los presidentes de los tribunales superiores de justicia, lo que es el Poder Judicial. Se le atribuye a don Adolfo Ruiz Cortines, pero lo cierto es que eso se creó durante el Porfiriato, y la Revolución no pudo, a pesar de que fue profunda, arrancar de raíz las prácticas políticas antidemocráticas que prevalecieron durante los 34 años de dominio de Porfirio Díaz. La Revolución, desde luego, logró avances importantísimos, sobre todo en el terreno económico y en el social, pero en el plano político, don Daniel lo decía: “Ya no está don Porfirio, pero se quedó doña Porfiria” después de la Revolución.

Fue entonces cuando su participación en la ceremonia se centró en la relevancia del trabajo de investigación que realiza El Colegio de México en donde, según sus palabras: “ha hecho aportes fundamentales”.

Ese tema había sido el inicio de su discurso: “Celebro participar en esta ceremonia con motivo de los 80 años de El Colegio de México, de esta gran institución del conocimiento, del estudio, de la investigación, a lo largo de estas ocho décadas, de los problemas de nuestro país, de los grandes, graves, problemas nacionales”. Y ahora lo retomaba, haciendo alusión a la labor de la Red de Estudios sobre Desigualdades, de El Colegio de México:

Son muchas las contribuciones de El Colegio para el desarrollo de nuestro país: las investigaciones en historia, en economía, en lo social, en el campo internacional, en población, en desarrollo urbano; recientemente, resaltan los trabajos acerca de las desigualdades [...]; ese trabajo muestra con mucha claridad cómo, en el periodo neoliberal, se profundizó como nunca la desigualdad social en



México, al mismo tiempo que se entregaban bienes del pueblo, de la nación, a particulares, a una minoría. Cuando aparecieron mexicanos en la lista de los hombres más ricos del mundo fue cuando más se empobreció el país, y eso se advierte en ese estudio hecho aquí, en El Colegio de México.

Y, además, hacía una “recomendación respetuosa” acerca de las asignaturas pendientes en la investigación:

Si acaso, como el maestro Garciadiego lo menciona, sería conveniente, en esta nueva etapa de El Colegio, darle más atención a los estudios sobre la corrupción en México. Creo que ésa es una asignatura pendiente, no sólo de El Colegio de México; en general se omitió. Ya don Daniel Cosío Villegas lo subrayaba en ese extraordinario ensayo *La crisis de México*, que se publicó en 1947; ya decía don Daniel, desde entonces, que lo que había tronchado —así el término, la palabra— a la Revolución mexicana había sido la corrupción. Desde entonces se hablaba de esta tremenda enfermedad que tanto daño ha causado al país.

Este tema, crucial en su visión de México y en su proyecto de gobierno, ocupó espacio importante de su participación:

Hay que recordar la importancia que tiene para el desarrollo de los pueblos y, en particular, de México, el que podamos establecer como forma de vida, como forma de gobierno, la honestidad. Un fundador de El Colegio de México, el general Francisco Múgica, que era un hombre íntegro, un revolucionario ejemplar, fue gobernador de Tabasco siendo él michoacano; en su informe escribe que habían logrado hacer obras, a pesar de que había encontrado la hacienda pública en bancarrota. ¿Cómo?: “Por la simple moralidad”.

Esos tiempos son también un momento estelar en la historia de México —Heriberto Jara gobernaba Veracruz y Salvador Alvarado, Yucatán—; el general Múgica le escribió entonces a Alvarado pidiéndole consejos, y la carta de éste empezaba: “Moralíceme, señor general”. Ya veía Múgica cómo se estaba desviando el rumbo de la Revolución y la solución era: “Moralíceme, señor general”.

El presidente de México concluyó su participación con un mensaje general, apoyado en uno de los fundadores de El Colegio de México:

Yo creo que es el tiempo de la moralización de México; necesitamos moralizar el país. A veces no gusta esta idea de purificar la vida pública del país porque se considera mística o religiosa, pero eso es lo que se necesita y es lo que debemos hacer y, para ello, debemos ayudar todos. No olvidemos también que Alfonso Reyes escribió la *Cartilla moral*, y ésta no tiene un enfoque religioso: tiene que ver con valores universales, que surgen y se aplican desde antes del cristianismo. El amor —dice Reyes— a la familia, el amor a la naturaleza (plantea ya esto que ahora nos preocupa a todos, la defensa del medio ambiente), el amor a la patria, los valores, la moralización.

La ceremonia llegaba a su fin. Entre las escalinatas y corredores de El Colegio, dentro de sus aulas y de sus áreas administrativas, en los muchos rincones de su biblioteca y de su bodega de libros, en sus espacios dedicados al desarrollo de nuevas tecno-



logías aplicadas a la docencia y a la investigación, si uno atisbaba con cuidado, podía ver a Lázaro Cárdenas, Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Silvio Zavala, Víctor Urquidi, Luis González y González, Moisés González Navarro, Gustavo Cabrera, Ro-

dolfo Stavenhagen, Brígida García, Mario Ojeda, Tomás y Rafael Segovia, Elena Urrutia, Antonio Alatorre, y a muchos y muchas más, observar orgullosos en lo que se había convertido El Colegio de México al volverse octogenario. **CS**

A 80 años de El Colegio de México**

Señor presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, licenciado Andrés Manuel López Obrador.

Doctora Silvia Giorguli, presidenta de El Colegio de México.

Doctor Javier Garciadiego, expresidente de esta casa de estudios.

Distinguidos invitados, colegas, amigas y amigos todos:

En 1965, siendo estudiante de la maestría en Historia, asistí a la celebración de los primeros 25 años de nuestra institución, ahora octogenaria. Desde 1961, El Colegio gozaba de casa propia, el edificio de Guanajuato 125 que, pese a las ampliaciones y adaptaciones, resultó insuficiente. Para cumplir sus objetivos, El Colegio arrendaba casas y locales cercanos, en la colonia Roma. La solución vino con la dotación que en 1976 hizo el gobierno federal, a cambio de aquel acogedor edificio, del terreno para la construcción del magnífico espacio en el que hoy estamos y que, no sin dificultades y trabajos, sigue siendo suficiente y grato; lo anterior se explica por el esfuerzo y buen orden de la institución que como proyecto social y académico no ha dejado

de crecer, haciendo los ajustes y adaptaciones a la realidad que vivimos y que prevemos en tiempo y espacio, muy distintos a los de aquella celebración a la que asistí hace 55 años. Faltaban entonces cinco —perdón por la indiscreción— para el nacimiento de la actual presidenta de El Colegio de México.

Silvia Elena Giorguli Saucedo es la primera mujer en el cargo y es quien ha llegado con menos edad a la presidencia. Su nombramiento, en 2015, confirmado por otros cinco años más en este 2020, implicó un cambio de género y generacional. Haciendo un recuento de los presidentes de El Colegio, hallo que sólo los tres últimos resultamos menores en edad a la institución. Los cinco primeros tenían pleno uso de razón cuando se fundó El Colegio de México y, salvo uno (Víctor Urquidi), eran venerables —*patzitzí*, en la tradición purépecha— cuando asumieron el cargo. Alfonso Reyes, nacido en mayo de 1889, andaba en sus 51 avanzados cuando dejó de presidir La Casa de España en México para hacerse cargo de la flamante institución que le sucedió, y que presidió hasta el 27 de diciembre de 1959, fecha en que murió. Daniel Cosío Villegas, en sus 62, muy vitales y bien vividos. Había servido desde su fundación a ambas instituciones, cuando en enero de 1960 sucedió a don Alfonso. Le siguió Silvio Zavala en enero de 1963, se acercaba a los 54 años, 16 de los cuales había servido a la institución como fundador y profesor del Centro de Estudios Históricos. En 1966, cuando salió del país y “se alejó de sus papeles” para hacerse cargo de la

* Profesor-investigador del Centro de Estudios Históricos en El Colegio de México. Presidió El Colegio de México de 1995 a 2005.

** Texto leído el 8 de octubre de 2020 durante la ceremonia conmemorativa de los 80 años de El Colegio de México.

Embajada de México en Francia, le sucedió Víctor Urquidí, entonces el más joven presidente de El Colegio. Nacido en 1919, andaba cumpliendo los 48, pero se hizo adulto mayor en el cargo, que dejó en 1985, cuando llegó a la presidencia Mario Ojeda con 58 años. Nacido en 1927, saldría a los 68 en 1995, año en el que le sucedí. Yo tenía entonces 54 años y era nueve meses menor que El Colegio de México (nací el 8 de julio de 1941). Llegó después Javier Garciadiego, diez años menor que El Colegio, pues nació el 5 de septiembre de 1951. Le sucede ahora Silvia Giorguli, a quien agradezco la invitación para participar en esta celebración de los 80 años del Colegio.

Esos años, divididos entre 8 (siete presidentes y una presidenta), dan un promedio de diez años por presidencia, aunque la realidad no es simétrica. Hay dos presidencias de larga duración, la de Reyes y la de Urquidí, de 19 años y meses ambas, y dos de corta permanencia, la de Cosío Villegas y la de Zavala, por más que ambos destacan por su larga labor como autoridades y profesores de la institución. Fue a partir de Mario Ojeda cuando se impuso el periodo decenal, pues en 1990 decidió que sólo un quinquenio más desempeñaría el cargo, y esto se adoptó como regla en la reforma estatutaria después del año 2000. La renovación quinquenal, hasta entonces indefinida, se limitó a una vez, haciendo posibles periodos máximos de diez años, tiempo conveniente y aconsejable en el desempeño personal e institucional.

Las instituciones son ámbitos de posibilidad y responsabilidad. Como organizaciones dotadas de personalidad y medios de acción, hay que apreciarlas por los logros de quienes las integran, señaladamente de quienes las dirigen esclareciendo fines y aprontando mecanismos para el buen desempeño de los que laboran en ellas, velando por el diseño y cumplimiento de proyectos individuales y colectivos, sin perder de vista la totalidad del entorno. En el caso de nuestra octogenaria institución, se trata del cultivo de disciplinas científicas cuya enseñanza, aprendizaje y ejercicio exigen continuidad y plena dedicación.

Ese afán fue el origen de El Colegio de México. La Casa de España en México, fundada en 1938,

como asilo de científicos y humanistas españoles desplazados y perseguidos durante la Guerra Civil que destruyó el régimen republicano, dejó de tener objeto cuando triunfaron los militares rebeldes. Se planteó entonces el arraigo y ubicación de los becarios acogidos en La Casa. Médicos, biólogos, físicos, químicos, abogados y especialistas de distintas disciplinas hallaron espacio y campo propicios en otras casas mexicanas: en la Universidad Nacional, en el Instituto Politécnico Nacional y en otras que surgieron y se enriquecieron con la concurrencia de su trabajo y aportación docente y profesional. Los cultivadores de las ciencias del hombre —humanidades y ciencias sociales— eran ya conocidos en diversos centros de la capital y de los estados. Entonces se planteó la posibilidad de hacer de La Casa una institución nacional permanente, alentada por el buen suceso de estudiantes mexicanos (fue el caso de Leopoldo Zea y Juan Hernández Luna) acogidos como becarios para que desarrollaran su investigación bajo la dirección de ilustres maestros españoles, como José Gaos y Joaquín Xirau. En 1940, al cerrarse La Casa de España, que presidía Alfonso Reyes ayudado por el secretario e inspirador del proyecto, Daniel Cosío Villegas, se abrió El Colegio de México, que sería encabezado por ellos. En el nuevo proyecto tuvo que ver el joven historiador Silvio Zavala, formado en España, convencido, por su experiencia, de la necesidad de dedicación plena al trabajo científico en la investigación y formación de investigadores. Había vuelto a México a fines de 1936 y en 1938 fundó la *Revista de Historia de América*, que dirigió hasta 1965, en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, con sede en nuestro país desde fines de la década anterior. En 1941 se fundó el Centro de Estudios Históricos de El Colegio, que dirigió Zavala hasta 1956, año en el que salió a París para desempeñarse en la UNESCO. La visión histórica de Zavala fue continental, transcontinental necesariamente, como articulación de realidades y perspectivas de estudio. De la historia institucional y del pensamiento pasó a la historia social. Desde su llegada a México destacó y cultivó la historia del trabajo de los indios en la formación del mundo iberoamericano.



Por su parte, Alfonso Reyes, primer presidente de El Colegio, acogió la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que plantó en nuestro país el filólogo argentino Raimundo Lida. Con ella nacería el Centro de Estudios Filológicos, que se renovó como Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios en 1963, bajo la presidencia de Daniel Cosío Villegas. Este último había fundado en 1951 la revista *Historia Mexicana*, que cumplirá 70 años el próximo 2021. Como presidente, a partir de 1960 orientó la labor de El Colegio a las ciencias sociales y a los estudios internacionales, con visión pragmática, sin perder de vista el cultivo de las humanidades impulsado en la primera etapa en la vida de la institución.

Sería largo entrar en detalles ilustrativos. Sólo quiero destacar que cada uno de los presidentes de

El Colegio imprimió su peculiar sello en el cultivo de las ciencias del hombre, como investigación y formación de investigadores, sello marcado cada vez más por el desarrollo científico-social. Destaca en creatividad y atención a los problemas contemporáneos la larga y fructífera presidencia de Víctor Urquidí, vinculado a la institución desde 1943, en el primer Centro de Estudios Sociales que dirigió José Medina Echavarría hasta 1946, cuando abandonó México. El Centro de Estudios Sociológicos se recuperó bajo su presidencia y creció al lado de otros centros que se irían creando y afirmando en la estructura de El Colegio.

La personalidad de cada presidente se refleja en la estructura de la institución, atenta a las necesidades del país. Ese sello personal, responsable y

propio, tiene como principio horizonte la dimensión mundial de las realidades humanas, apreciable en los programas de enseñanza y en la vasta labor editorial y de discusión abierta de seminarios y simposios, en un ambiente que ha cambiado radicalmente de los años fundacionales a la fecha. Baste decir —con esto termino— que al mediar el siglo xx, cuando llegamos a los 30 millones de habitantes en nuestro país, era la Ciudad de México el lugar donde se atendía 80% de la demanda de educación superior. La proporción iría cambiando a medida que avanzaba el tiempo y el crecimiento de la población. Al filo del siglo xxi, en la capital de la República se atendía sólo 20% de esa demanda y 80%, en instituciones ubicadas en los estados. Cuando

se fundó El Colegio de México, la población del país no llegaba a los 30 millones; hoy rebasa los 128 millones en un territorio transitado por migrantes extranjeros y connacionales, y afectado en muchos aspectos por la problemática mundial.

Identificar problemas, discurrir medios para atenderlos y prevenirlos, requiere de una red institucional, de un conjunto armónico que debemos fortalecer. Ejemplo de logros en este sentido pueden verse en El Colegio de México y en otras casas de estudio. Testimonios de urgencias también. Toca a todos perseverar y progresar en el esfuerzo institucional como obra responsable.

Gracias. 

*Las cuatro transformaciones del Colmex***

Muy estimado señor presidente de la República, Lic. Andrés Manuel López Obrador.

Querida presidenta de El Colegio de México, doña Silvia Giorguli.

Señor secretario de Educación Pública, Lic. Esteban Moctezuma Barragán, director de nuestra Asamblea de Asociados.

Muy respetado Andrés Lira, expresidente de El Colegio de México.

Distinguidos invitados especiales.

Queridísima comunidad.

Decir que El Colegio de México cumple 80 años no hace honor a la grandeza de su historia. Lo correcto sería decir que cumple 80 años de servir a México. No hay duda para nadie: el valor de sus servicios, de sus aportaciones, contradice lo reducido de su tamaño y la brevedad de su historia.

Señor presidente Andrés Manuel López Obrador:

Por una de esas curiosas paradojas de la historia, El Colegio de México, que al mismo tiempo es una institución y una comunidad, ha tenido en su devenir tres grandes transformaciones, y hoy vive la que podríamos llamar la etapa de su cuarta gran re-

novación. Sin embargo, como historiador advierto que, antes de analizar estos grandes cambios, debemos remontarnos a sus orígenes, a su fundación, en tanto que sólo puede transformarse lo que existe. Asimismo, y vuelvo a hablar como historiador, esos grandes cambios de El Colegio de México no llenan su evolución, pues también ha tenido largas y provechosísimas etapas de continuidad, porque la historia es la suma, compleja e ineluctable, de cambios y continuidades.

Así, me remonto a sus orígenes, a su fundación. Dentro de pocos días, el país entero honrará a uno de sus hijos más preclaros: Lázaro Cárdenas, quien cumplirá 50 años de fallecido. Lo digo con orgullo: desde su nacimiento, ésta es una institución cardenista. Iniciada la Guerra Civil española en julio de 1936, el representante mexicano en Portugal, Daniel Cosío Villegas, propuso al presidente Cárdenas, por medio de Francisco J. Múgica —otro mexicano admirable—, que el gobierno de México invitara a algunos científicos e intelectuales españoles para que se radicaran en México mientras duraba la contienda en su patria. El propósito era que repartieran entre nosotros sus muchos y hondos saberes, los que podrían difundir al día siguiente de su llegada, pues nos hermanaba la lengua.

Comprensiblemente, llegaron pocos; comprensiblemente también, no requirieron de grandes instalaciones ni de abundantes recursos. Por eso tuvo el nombre, pequeño pero mayúsculo, humilde pero entrañable, de La Casa de España en Mé-

* Profesor-investigador asociado del Centro de Estudios Históricos en El Colegio de México. Presidió El Colegio de México de 2005 a 2015.

** Texto leído el 8 de octubre de 2020 durante la ceremonia conmemorativa de los 80 años de El Colegio de México.



xico. Después de muchas peripecias organizativas —invitaciones, traslados y acomodados—, La Casa empezó a funcionar en agosto de 1938, con 12 miembros, de los que menciono a León Felipe, José Gaos, Luis Recasens Siches y María Zambrano. Su responsabilidad era impartir cursos, cursillos y conferencias, no curriculares, en las principales instituciones educativas y culturales del país. Lo repito: nacimos como institución cardenista y como secuela de la cultura republicana, lo que significa austeridad, compromiso y generosidad.

La primera transformación se nos impuso muy pronto, a los pocos meses. A principios de 1939 tuvo

lugar la trágica derrota del gobierno y del ejército republicanos. Aquellos que habían venido a convivir con nosotros por un tiempo no podrían regresar a su amada patria. Al contrario, los llamados de auxilio se multiplicaron. Eran muchos los que necesitaban abandonar su tierra; sus vidas corrían peligro. Buscaron nuestro apoyo, pero, desgraciadamente, La Casa tenía un gran corazón pero brazos pequeños, incapaces de dar cobijo a todos.

Para colmo, el sexenio de Lázaro Cárdenas llegaba a su fin. Había incertidumbre sobre el futuro de La Casa, pues era una institución identificada personalmente con el presidente saliente. ¿Cómo

le trataría el sucesor? ¿Acabaría entonces su breve existencia? La solución, por imaginativa, hoy parece fácil. Se reunieron Cárdenas, Cosío Villegas y Alfonso Reyes, cabeza de La Casa, y resolvieron convertirla en una institución permanente, sectorizada —pero con autonomía— en la Secretaría de Educación Pública (SEP). Tendría ya programas docentes propios, concentrados en posgrados en humanidades y ciencias sociales. Así nació, en octubre de 1940, todavía con Cárdenas, El Colegio de México.

Lo repito: nacimos austeros; durante más de 20 años carecimos de instalaciones propias: unos años vivimos de “arrimados” en unos cuartos que nos prestaba el Fondo de Cultura Económica; luego estuvimos en unas casitas rentadas en las colonias Roma y Juárez; finalmente, en 1961, el gobierno nos confiaría nuestro queridísimo edificio de la calle de Guanajuato, que siempre fue inapropiado y luego se hizo, para colmo, insuficiente.

Permítanme regresar a los años de vecindad con el Fondo de Cultura Económica, cuando nos dio “posada”, cuando estuvimos de “arrimados”, cuando vivimos en un prolongado pero provechoso incesto. La Revolución, repito, nos había aislado del mundo. Creíamos que nuestra cultura y nuestro pensamiento nacionalistas serían suficientes para progresar. Cosío Villegas, que había fundado en 1934 el Fondo como una editorial de temas económicos, inmediatamente se dio cuenta de que sus forzados inquilinos eran políglotas —se habían formado en las mejores universidades europeas— que se dedicaban a varias ciencias sociales y disciplinas humanísticas.

No pagaron renta pero transformaron el Fondo: tradujeron inmediatamente los “clásicos” y las obras fundamentales de la Ciencia Política, la Filosofía, la Historia y la Sociología. Muchos de los libros que usted leyó cuando estudió en la UNAM, señor presidente, los tradujeron aquellos españoles que trabajaban para El Colegio en esos espacios facilitados por el Fondo: las *Utopías del Renacimiento*, Hobbes, Locke, Marx, Max Weber, Heidegger, Herman Heller, el Sabine y cientos más. Nuestro otro fundador, Alfonso Reyes, había dicho que América Latina había llegado tarde al “Banquete” de la civilización.

Pues bien, gracias al Fondo y a El Colegio, México y América Latina entraron finalmente a la plena modernidad intelectual, leyendo esos inolvidables libros anaranjados para Economía, azules para Ciencia Política, color ostión para Filosofía, amarillos para Historia y verdes para Sociología. El valor de esa aportación es incalculable. Cualquier sinónimo para decir *gracias*, por hiperbólico que parezca, resulta insuficiente. A pesar de ello, lo hago: gracias José Gaos, Eugenio Ímaz, José Medina Echavarría y Wenceslao Roces.

Volvamos a nuestro devenir institucional: pasaron alrededor de 20 años de esforzado trabajo en docencia e investigación en humanidades y ciencias sociales, sin protagonismos y con dificultades constantes, sobre todo la grave falta de presupuesto durante el sexenio alemanista. Por el origen geográfico de la mayoría de los profesores, predominaban los temas hispanoamericanos. Debe considerarse que, por la Revolución, México había sido un país rechazado internacionalmente. Sin embargo, luego de la Segunda Guerra Mundial y ya en plena Guerra Fría, el Estado mexicano, durante el sexenio de López Mateos, decidió que necesitaba salir al mundo, aunque primero tenía que comprenderlo.

Se necesitaban diplomáticos profesionales y se requerían analistas de la política internacional. No los había, la Revolución nos había hecho introspectivos: vivíamos a la defensiva. Eran los tiempos del Muro de Berlín, de la creciente aceptación internacional al gobierno de Franco, del nacimiento de países jóvenes a partir de culturas milenarias, como la India, Israel y la República Árabe; estaba en su apogeo la guerra de Vietnam; día a día se multiplicaban las guerras de descolonización en África y, más cerca de nosotros, daba inicio la Revolución cubana. Obviamente, El Colegio de México entendió que para comprender a Estados Unidos, era mejor conocerlo que simplemente insultarlo.

El Colegio de México, con la panorámica visión de Silvio Zavala, aceptó el reto que se le planteaba: se crearon el Centro de Estudios Internacionales, del que es egresado Marcelo Ebrard, y el que hoy lleva el nombre de Centro de Estudios de Asia y África. Gracias a El Colegio de México, el país tendría presencia internacional y podría ser analizado

el mundo desde aquí. Se dice fácil, pero nosotros le dimos al país sus primeros lentes de largo alcance. Con esos binoculares, el planeta resultó menos ajeno y extraño. En esta segunda transformación, El Colegio siguió siendo pequeño, pero a la investigación que se hacía con microscopio sobre nuestra historia y nuestra literatura se le agregó un telescopio para ver tierras lejanas.

Unos diez años después se acabó el llamado “milagro mexicano” y comenzaron las crisis recurrentes, fueran éstas políticas, demográficas, económicas o sociales. El Colegio otra vez se reinventó, ahora con el liderazgo de Víctor Urquidi. El Centro de Estudios Internacionales pasó a ser, también, un espacio de estudio sobre la problemática política interna del país; se diseñó aquí la política demográfica, dando fin al largo periodo poblacionista que terminó por ocasionar una explosión demográfica, que era una terrible amenaza económica, política y social; aquí se hicieron los primeros análisis de la problemática urbana y de sus graves consecuencias ambientales. También fuimos los pioneros en cuanto a estudios de género, y fue en esta institución donde se hicieron los primeros análisis de los dolorosos asuntos migratorios.

En materia económica, aquí se formaron los que luego lograrían la internacionalización de nuestra economía, y aquí se creó el primer grupo especializado en el petróleo. Recordemos algunos nombres, además del de Urquidi: Leopoldo Solís, Mario Ojeda, Rafael Segovia, Gustavo Cabrera, Luis Unikel, Elena Urrutia, Jorge Bustamante, Rodolfo Stavenhagen, Jaijo Serra Puche, Chucho Seade y Miguel Wionczek, a los que gustoso agrego los de Sergio Aguayo, Lorenzo Meyer y Soledad Loaeza. Estoy hablando de los últimos decenios del siglo xx. Si antes El Colegio había ayudado al país a conocer el mundo, ahora lo ayudaba a entender y resolver —siempre hemos sido propositivos— los mayores problemas nacionales.

Esta tercera reinención implicó ciertas continuidades. El protagonismo de las ciencias sociales no implicó mengua alguna de nuestras disciplinas humanísticas. Por aquellos años, El Colegio impulsó la mayor transformación historiográfica que ha tenido México: aparecieron los diez gruesos tomos

que analizaron la República Restaurada y el Porfiriato por primera vez en forma rigurosa, y los más de veinte tomos de la historia de la Revolución, pero también obras de síntesis, como la *Historia general de México* y la célebre *Historia mínima...* mínima sólo de tamaño: traducida a más de 20 idiomas, editada en todos los formatos posibles y con más de 10 millones de ejemplares impresos, la *Historia mínima* ha moldeado la conciencia histórica de los mexicanos de los últimos 50 años.

Por aquellos días inició otro proyecto inagotable: el *Diccionario del Español de México*. Sí, el nuestro, pero ya no como idioma correspondiente ni como lengua regional. No el español que se habla del otro lado del mar ni al pie de las cordilleras andinas o en el bullicioso Caribe. El nuestro, el hermoso, rico y variado español de México. Ahora menciono con gusto los nombres de Antonio Alatorre, Tomás Segovia y Luis Fernando Lara, junto a los de Luis González, Moisés González Navarro y Josefina Vázquez. Recuérdese, somos una institución, pero sobre todo somos una comunidad meritocrática. Honor a quien honor merece.

Señor presidente Andrés Manuel López Obrador:

El Colegio pasa hoy por su cuarto proceso de cambio, y haremos el quinto cuando sea preciso, y tendremos también periodos de evolución tranquila y de rica continuidad. Este cuarto proceso inició con la presidencia de Mario Ojeda. Si nuestra primera transformación había consistido en pasar de Casa a Colegio (de familia grande a institución pequeña, solía decir el propio Ojeda); si la segunda renovación fue pasar de hacer estudios hispanoamericanos a tener intereses y perspectivas mundiales, y si la tercera fue la atención puesta a nuestros principales problemas sociales, el cambio al que ahora me refiero fue proyectar El Colegio a todos los rumbos posibles del país. Esto es, fue crear instituciones inspiradas en “el modelo Colmex” —la frase es de Luis González—, pero totalmente autónomas. Implicaba luchar contra el centralismo: cada uno de los nuevos colegios debía enfocarse en los problemas de su región, con investigadores locales y con algunos “asimilados”. Los primeros fueron El Colegio de Michoacán y el de la Frontera Norte; luego vinieron El Colegio de Sonora, el de

Jalisco, el Mexiquense y el de San Luis Potosí. Ojalá algún día esté cubierto de colegios todo el territorio nacional. Sería muy provechoso y poco oneroso. Qué orgullo: nos volvimos modelo.

Esta etapa también ha implicado la ratificación y el ejercicio de nuestra autonomía, lo que se logró en tiempos de Andrés Lira. No supuso desvincularnos de la SEP —¡nunca!—, pero sí del Conacyt, lo que benefició a ambos: ni el Conacyt pierde tiempo ocupándose de nosotros, y nosotros, al ejercer la autonomía practicamos la democracia, que van juntas, pues somos nosotros los que elegimos a nuestras autoridades —presidencia, direcciones y órganos colegiados—, con reglas diseñadas por la propia comunidad, que participa en nuestras elecciones internas con enorme inteligencia y responsabilidad.


Nuestro cuarto proceso de cambio ha implicado también el rejuvenecimiento y la renovación, procesos dolorosos para algunos colegas en cualquier parte del mundo. Lástima, pero son imprescindibles; más aún, son impostergables. Hoy, 35% de los colegas tiene menos de 12 años de antigüedad. Como en el caso de la autonomía, la renovación incrementó nuestra democracia: este 35% no ingresó por invitación, como antes se hacía, sino ganando concursos supervisados por los miembros de cada centro. No lo niego: estoy orgulloso de haber colaborado a que El Colegio no se petrificara por el inevitable proceso de envejecimiento.

Obviamente, nuestro cuarto proceso de renovación implica también los magníficos cambios

traídos por nuestra presidenta Silvia Giorguli, cambios que enfáticamente elogio: los aplaudo tan fuerte como puedo.

Señor presidente Andrés Manuel López Obrador:

Hace unos años tuve el gusto de darle la bienvenida en tres o cuatro ocasiones. Siempre, la comunidad de profesores, alumnos —los mejores y más esforzados del país— y trabajadores le expresó el mucho aprecio que le tiene; incluso, su evidente cariño. No me corresponde, por protocolo, darle hoy el saludo oficial. Lo hago, eso sí, como miembro de esta comunidad, compleja y plural. Aquí se han preparado académicos de excelencia, funcionarios altamente calificados, de ayer —como Manuel Camacho Solís y Samuel del Villar— y de hoy, como Graciela Márquez y Arturo Herrera. También se han formado aquí intelectuales críticos de todas las tonalidades políticas. En el futuro ésta seguirá siendo nuestra aportación al país: espléndidos académicos, auténticos maestros de maestros; funcionarios capacitados al mejor nivel del mundo e intelectuales críticos de todas las perspectivas ideológicas.

Como institución, El Colegio de México seguirá siendo muy benéfico para el país. Ciertamente, nuestro futuro será mayor que nuestra historia. Si hemos sido muy provechosos a lo largo de estos 80 años, lo seremos más cuando cumplamos 80 veces 80 años. Sí, señor presidente, ésta será siempre una institución y una comunidad muy comprometidas con nuestro adorado México. 

*Nuestros compromisos. Palabras en el 80 aniversario de El Colegio de México***

Buenas tardes a todos. Agradezco a todos los que nos acompañan virtualmente y de manera presencial en esta celebración de los 80 años de El Colegio.

Lamento mucho que la circunstancia dolorosa de la contingencia sanitaria nos obligue a celebrar esta fecha tan entrañable para la institución con la presencia —principalmente de manera virtual— de los miembros de la comunidad y de amigos, egresados y colaboradores. Sin embargo, la respuesta que recibimos a la invitación para celebrar con nosotros el día de hoy nos anima y nos complace.

En estas extraordinarias circunstancias, les doy la bienvenida a todos y todas.

Quiero agradecer la presencia del presidente Andrés Manuel López Obrador, que generosamente nos acompaña.

Saludo con gusto a los presidentes de El Colegio que me antecedieron, el Dr. Andrés Lira y el Dr. Javier Garciadiego.

Le doy la bienvenida a los miembros de la Asamblea de Socios que nos acompañan, algunos de manera virtual, otros presencial: al secretario Esteban Moctezuma Barragán, al rector de la UNAM, Dr. Enrique Graue y a nuestro vecino, Paco Ignacio Taibo II.

* Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales en El Colegio de México. Preside El Colegio de México desde 2015.

** Texto leído el 8 de octubre de 2020 durante la ceremonia conmemorativa de los 80 años de El Colegio de México.

Agradezco la presencia en esta ceremonia del secretario Marcelo Ebrard, el secretario Arturo Herrera, la secretaria Graciela Márquez y el Dr. Gerardo Esquivel, egresados de El Colegio. Bienvenidos a su institución.

Nos acompañan también de manera virtual la secretaria Olga Sánchez Cordero y el secretario Jorge Alcocer; de manera presencial, el Dr. Luciano Concheiro, subsecretario de Educación Superior y la Dra. Rosaura Ruiz, secretaria de Educación, Ciencia y Tecnología e Innovación de la Ciudad de México.

Saludo virtualmente a Marcos Bucio, subsecretario de Educación Básica, a Jesús Seade, subsecretario para América del Norte, a Natalia Toledo, subsecretaria de Diversidad Cultural y Fomento a la Lectura y a la Dra. María Elena Álvarez-Buylla, directora general del Conacyt.

Saludo con mucho gusto a los funcionarios del SIPINNA, de la Secretaría de Cultura, del Instituto Matías Romero, de la Comisión de Derechos Humanos de la Ciudad de México, del Conacyt y del INEGI.

De manera remota, también están con nosotros Sara Ladrón de Guevara, rectora de la Universidad Veracruzana; Jaime Valls, director de la ANUIES; Fernando de León, rector de la UAM Xochimilco; Sergio López Ayllón, director general del CIDE; José Mustre, director general del Cinvestav; José Antonio Serrano, presidente de El Colegio de Michoacán; América Molina, directora general interina del



CIESAS; Amparo Martínez, directora general del INECC, y colegas y representantes de otras instituciones de educación superior. El Colegio es parte de la comunidad científica nacional y les agradecemos el que hayan abierto un espacio en sus agendas para conectarse a esta ceremonia.

El Colegio es una institución “puente” que ha buscado, en palabras de la profesora Flora Botton, “descubrir el mundo [y] compartir lo que aprendimos”. Yo agregaría que también hemos construido intercambios duraderos con las comunidades académicas de América Latina y de otros países del mundo, especialmente en Europa y Asia. Les agradezco su asistencia virtual a los embajadores en México de España, Argentina, Canadá, Cuba, Japón, de los Países Bajos y de Polonia, a la oficina de cooperación científica de Alemania y al embajador de México en Noruega.

Recibimos con gusto a nuestros colaboradores de distintas fundaciones y organismos internacionales, quienes nos han acompañado con varios proyectos e iniciativas de investigación a lo largo de estos años: Santander Universidades, Fundación Vidanta, Fundación Ford, ONU-Mujeres y Kalusz.

Le doy también la bienvenida a los medios de comunicación que participan, principalmente de manera remota.

Saludo con mucho gusto a los de casa:

A los miembros de la Junta de Gobierno, a los directores de los centros de estudio y de la biblioteca, a los colaboradores de presidencia, de las áreas de publicaciones, cómputo y de educación digital, a la secretaria general del Siprincolmex y a la representante del Sutcolmex, a Sergio Ghigliazza y a Antonio del Valle por el Patronato de la Fundación Colmex y a nuestros invitados especiales.

Al personal académico de El Colegio, que son quienes han construido el trabajo de investigación, docencia y difusión que celebramos hoy.

Al personal administrativo, que acompaña el trabajo cotidiano y hace posible la operación de El Colegio.

Muy especialmente saludo a los estudiantes que nos acompañan de cada uno de los centros y a los que se conectaron para seguir esta ceremonia desde sus casas.

La fundación de El Colegio y la institución que somos hoy

En la preparación de estas palabras preví que mis antecesores, ambos historiadores y conocedores en detalle de la historia del país y de nuestra institución, harían alusión a la trayectoria de El Colegio desde su fundación. No me equivoqué.

En mi intervención retomaré sólo un punto, el de origen y partida, que tiene que ver con la fundación de El Colegio, para de ahí referirme al compromiso que mantenemos al día de hoy como *una institución pública, republicana desde sus orígenes, dedicada a la educación y a la generación de conocimiento en ciencias sociales y en humanidades*.

El Colegio se fundó durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, un periodo de creación de instituciones fundamentales en el México contemporáneo, como el Instituto Politécnico Nacional. Imagino que en las mentes del general Cárdenas, de Alfonso Reyes y de Daniel Cosío Villegas existía el propósito de mantener un proyecto que, a la par de otros grandes proyectos educativos, se concentrara en la generación del conocimiento en las disciplinas de historia, filosofía, filología, literatura y de las ciencias sociales en consolidación (economía y sociología, principalmente). Adivino que cultivaban el deseo de darle a México una institución que sirviera como espacio de discusión sobre los grandes problemas del momento —como la Segunda Guerra Mundial y sus implicaciones para América Latina—, que ubicara a México en el panorama internacional y que, al mismo tiempo, fuera capaz de analizar lo que sucedía en el país.

Con el tiempo, El Colegio se consolidó, efectivamente, como un espacio de generación del conocimiento, de formación de generaciones de especialistas, de preservación de la cultura y la historia, que difunde el saber, que mantiene una interlocución —simultáneamente autónoma y crítica— con quienes han llevado en diferentes momentos de la historia la responsabilidad de conducir el país.

El compromiso de El Colegio como institución pública de educación superior

Los cambios en la planeación de las celebraciones de los 80 años nos llevaron a la organización de un formato de discusión y de recolección de testimonios en forma digital o en reuniones con los órganos colegiados de esta comunidad, como el Consejo de Directores. Los testimonios de profesores eméritos, profesores de El Colegio, egresados, estudiantes y personal administrativo están reunidos en un sitio especial, que los invito a visitar (<https://historiaoral.colmex.mx/>).

Sé que no hago justicia a todo lo que se ha dicho, pero en una síntesis tanto de esos testimonios como de las discusiones con los directores, he identificado cinco rasgos sobre los que hay acuerdo y que caracterizan lo que es y lo que hace esta comunidad. Hoy quiero, al mencionarlos, convertirlos en referentes del camino que tenemos por recorrer y del compromiso que reiteramos con la sociedad.

1. El compromiso con la equidad

Como institución pública y republicana, en El Colegio de México, la igual consideración y respeto a las personas que integran su comunidad y que se relacionan con ella es un valor central. Nuestros procesos de selección siempre se han basado en las capacidades intelectuales y en el reconocimiento de los méritos académicos. Desde la creación de El Colegio hemos contado con una resuelta política de becas para mitigar las disparidades sociales.

Este compromiso se extiende a la agenda de investigación. Tenemos una larga tradición de es-

tudios sobre las desigualdades en México que hemos refrendado recientemente a través de la creación de la Red de Estudios sobre Desigualdades. A aquellas desigualdades que empezamos a estudiar desde los años sesenta —las socioeconómicas, por origen étnico, entre zonas rurales y urbanas, las de género—, se suma hoy el estudio de otras, como las asociadas al cambio climático, territoriales, a la migración, a la discriminación y, de manera muy evidente en esta coyuntura, al acceso a la tecnología.

2. El compromiso que nos lleva a poner la educación de calidad al alcance de todos

El Colegio forma recursos humanos especializados en áreas clave para el país. Gracias al apoyo que, desde su creación, ha recibido de diferentes entidades públicas, el Estado mexicano y la sociedad tienen en El Colegio un motor de movilidad social y un generador de recursos humanos calificados para desempeñar las más complicadas responsabilidades. Durante ocho décadas hemos sido “formador de formadores”, pero también de personal altamente calificado para diferentes áreas del sector público y privado.

Hoy, aprovechamos los medios que la tecnología nos da para combinar la formación a través de nuestros programas tradicionales con una oferta de recursos mediante cursos digitales que nos permiten llegar a otras poblaciones. Ofrecemos así opciones de formación continua en temas como alfabetización, desigualdades, corrupción, historia y literatura en México y América Latina.

3. El compromiso con la generación de conocimiento en ciencias sociales y humanidades

El Colegio ha sido espacio para el encuentro y la generación de saberes. Los más de 4 mil volúmenes publicados, las nueve revistas científicas y, más recientemente, sus productos digitales dan cuenta de ello. Esa vasta obra ha contribuido significativamente a preservar y enriquecer la memoria y las letras en esos espacios culturales.

Estamos trabajando hoy para abrir el acervo de El Colegio de manera que esté disponible de forma gratuita y accesible. En estos tiempos de contingencia sanitaria, hemos constatado de primera mano la importancia de impulsar la difusión del conocimiento y del trabajo que hacemos en El Colegio.

4. El compromiso con la sociedad mexicana

Desde hace décadas, El Colegio sostiene una interacción socialmente provechosa con numerosas fundaciones, organismos internacionales, organizaciones de la sociedad civil y con la Administración Pública nacional.

Gracias a que esta relación ha estado marcada por una prudente distancia con el espacio político y una firme neutralidad hacia los intereses que caracterizan ese sistema, El Colegio ha podido cultivar una nutrida y provechosa cooperación con diferentes instancias de gobierno para proveer evidencia y conocimiento para la toma de decisiones en políticas públicas. Por ejemplo, El Colegio —mediante la generación de investigaciones de punta— ha proveído el sustento teórico y metodológico de reformas que se han llevado a cabo en las últimas décadas en las políticas: de vivienda, demográfica, de desarrollo urbano y de comercio internacional del país. Igualmente, en El Colegio se ha incubado y elaborado un buen número de los libros de texto gratuitos, se ha estudiado sobre el español de México y las lenguas indígenas en el país, y se ha formado un conjunto sustantivo del prestigioso personal diplomático de carrera del país.

5. El Colegio en la coyuntura actual

El Colegio es un activo para el país y busca permanentemente estar a la altura de los desafíos de su tiempo. La actualización constante de su agenda de investigación y de sus actividades docentes está siempre orientada a desempeñar una función social de largo alcance.

Así, en El Colegio de México han convivido grandes empresas historiográficas y de los estudios



literarios con novedosas iniciativas para impulsar el estudio de temas poco conocidos en el mundo hispanohablante: en su momento, los estudios orientales, el conocimiento del continente africano, los aspectos políticos y económicos de las relaciones con Estados Unidos, la administración pública, los comportamientos de los nuevos agentes económicos, la política energética, las nuevas expresiones de la vida urbana, las manifestaciones diversas de violencia en México, los cambios en el mundo del trabajo.

Esta incesante actualización de la agenda de investigación no pierde nunca de vista que uno, si no es que el principal propósito que anima el trabajo de investigación, es el de volver comprensible lo que pasa en nuestro mundo, para entonces hacer posible actuar sobre él y mejorarlo.

El papel de la educación superior, especialmente de la pública, en México y en el mundo hoy

Hoy nos reunimos para celebrar 80 años. Este año también ha sido de reflexión sobre los retos que

enfrentamos y que compartimos con otras instituciones de educación superior en México y en el mundo.

Es indudable que muchos de los avances y logros que los mexicanos hemos tenido en una variedad de campos como el de la arquitectura, la ingeniería, la medicina, la industria, en el campo de las artes plásticas y escénicas, entre otros, se ha debido a que un gran número de nosotros, sin importar nuestro origen social, hemos podido acceder y formarnos en instituciones de educación superior, artística y técnica auspiciadas y financiadas por el Estado mexicano.

(Aquí quisiera hacer un paréntesis para recordar a Mario Molina, formado en la UNAM, premio Nobel de Química. Lo recuerdo por sus colaboraciones con El Colegio como un académico generoso y solidario, comprometido con impulsar la agenda de investigación en medio ambiente en México y formar nuevas generaciones de especialistas en temas ambientales).

El Colegio es parte de la comunidad científica, académica y cultural del país. El recuento de nuestra consolidación como institución de educación superior es paralelo y similar a la experiencia de

otros centros de investigación y docencia como el Cinvestav, el CIDE, el CIESAS, los colegios de la Frontera Sur y Norte, El Colegio de Michoacán y el Instituto Mora. Compartimos los retos, pero también el compromiso con la generación de conocimiento y la formación de jóvenes.

En los documentos del archivo de El Colegio y en las memorias de algunos de los expresidentes resalta la recurrencia de adversidades, tiempos difíciles, épocas de ajustes presupuestales durante estos 80 años. A pesar del contexto, las instituciones de educación superior nos hemos seguido consolidando, expandiendo en número, atendiendo a más estudiantes y desarrollando investigación y conocimiento propios. Somos espacios de movilidad social y hay múltiples ejemplos de cómo, a través de nuestros egresados y de nuestros profesores e investigadores, coadyuvamos al desarrollo del país.


A final de cuentas, en nuestro origen y en la misión de universidades y centros públicos de investigación está el compromiso de participar desde nuestras especificidades y modos particulares de enseñanza a la transformación de este país. *Para seguir cumpliendo con ese objetivo necesitamos asegurar las condiciones adecuadas para el desarrollo de la investigación, la docencia y la difusión del conocimiento, las cuales pasan por contar con el financiamiento necesario y con herramientas para la planeación con una visión de largo plazo.* Somos, además, una comunidad abierta al diálogo y al intercambio de ideas: es parte de nuestro quehacer cotidiano.

La contingencia sanitaria ha hecho evidente aquello en lo que las instituciones de educación su-

perior podemos contribuir para el futuro del país. No dejan de sorprenderme y de llenarme de orgullo las respuestas del sector académico para reorganizar las actividades de docencia, acercarse a más de 5 millones de estudiantes y buscar mantener la cohesión de las comunidades académicas en medio de la pandemia. Hay un compromiso y una pasión por nuestro trabajo detrás de las acciones que se han emprendido. Hay también una enorme disposición para responder con investigaciones concretas, igual desde las ciencias naturales que desde las ciencias sociales y las humanidades, a los retos que la pandemia nos ha impuesto, con el espíritu de atender problemas urgentes y de anticipar y prepararnos para enfrentar las consecuencias en los próximos años. Creo que estos dos ejemplos —el compromiso con los jóvenes y la docencia, y el ajuste en la agenda de investigación— ilustran claramente la importancia del sector científico y cultural y el potencial que tenemos para aportar al país.

Nos ha costado mucho trabajo como país construir estas instituciones. Confiemos en ellas y en sus comunidades académicas.

Quiero cerrar reiterando que para mí es un orgullo pertenecer a la comunidad académica de El Colegio y, de manera más amplia, a la comunidad científica de este país. Desde El Colegio de México refrendamos nuestro compromiso para seguir trabajando por el bien de México al menos durante 80 años más.

Muchas gracias por acompañarnos el día de hoy. 

La historia oral de los 80 años

***E**n una era de transición digital como la que vivimos, en los 80 años de El Colegio de México se decidió construir un espacio dentro del sitio digital de nuestra institución en donde se recuperara la voz de miembros de la comunidad sobre tan señalado aniversario.*

El espacio digital Historia oral. Ochenta años de El Colegio de México (<https://historiaoral.colmex.mx/>) es un sitio dinámico que a lo largo del año fue incorporando diversos materiales: el video de la ceremonia conmemorativa, testimonios audiovisuales del profesorado, del estudiantado, de egresados y de mujeres que han participado desde diversos ámbitos en la construcción de la institución; debates entre profesores, así como entre estudiantes y egresados sobre el tema, sin faltar una exposición virtual. Con los recursos que integran este sitio, se ha buscado conservar un fragmento de las memorias de estas ocho décadas en formato digital para que sean conocidas por las futuras generaciones.

Ante la imposibilidad de recoger todas esas visiones de El Colegio en un solo Boletín, en esta ocasión hemos tomado del sitio solamente los testimonios de los profesores y profesoras eméritas de El Colegio, pero en otros números publicaremos otras voces. La experiencia individual, colectiva e institucional que estos 12 testigos acumulan muestran sin duda un prisma muy rico y completo de nuestra institución: de sus orígenes, de su construcción y de su actualidad.

“Aquí desarrollé el oficio de historiar”

Josefina Zoraida Vázquez y Vera
Centro de Estudios Históricos



Entré a El Colegio de México el 1 de noviembre de 1960; era un colegio completamente diferente, muy pequeño; estaba ubicado en un edificio que todavía existe enfrente de la Plaza Río de Janeiro en la esquina de Durango y Orizaba; es una vieja casona que está frente a una que parece un castillo y no había cubículos en sí, sino salones con sillas de paleta.

Tocamos la puerta; entré yo junto con otro de El Colegio de México que era de mi generación, Eduardo Blanquel. Tocamos al mismo tiempo, llegamos los dos en punto de las 9. Salió un señor y me dijo: “¿Qué quieren?” “Pues somos fulano de tal y quedamos con don Daniel que nos incorporáramos hoy”. “¡Ah, pues pasen!” Entonces vino una secretaria, nos llevó a un salón, en la esquina exactamente, y me dijo: “Pues siéntense ahí y hagan lo que tengan que hacer”.

No vimos a nadie durante todo ese día y le dije a Blanquel: “Oye, Eduardo, ¿por qué no bajamos a la biblioteca a ver qué material tenemos de nuestros temas? Bajamos y estaba todavía otra historiadora que había sido mi maestra en la secundaria, Susana Uribe, y nos dejó ahí que viéramos, nos dio algunas

instrucciones. Estaba ella, uno de los que buscaban los libros y una muchacha muy jovencita que era la secretaria.

Pasaron 15 días y era lo mismo: no veíamos a nadie; nada más un señor a las 11 nos llevaba un café. Hasta que, finalmente, apareció un profesor: nada menos que Luis González, que es una de las figuras más destacadas del Centro de Estudios Históricos, y dijo: “¿Qué tal si vamos a cobrar al Banco del Atlántico y por ahí nos tomamos un cafecito?”. Nosotros vimos el cielo abierto porque dijimos: bueno, finalmente vemos a alguien que trabaja en esto.

De ahí ya empezamos; nos enteramos de que estábamos en proceso de transición, de cambiarnos a la primera casa que era de El Colegio de México, que era muy chiquita, en Guanajuato 125. Nosotros no sabíamos nada; veíamos que no había nadie; muchos trabajaban en el Banco de México y otros en Hacienda, en el centro todavía, en la parte de atrás, que es la capilla, que era la Biblioteca Lerdo de Tejada; el profesor González Navarro, otro profesor de El Colegio, era el subdirector y entonces nos podíamos llevar los libros a la casa, a El Colegio. Nos enteramos de todo eso: de que todos los que estaban en el proyecto trabajaban en el Banco de México —porque don Daniel era miembro del Banco de México— o en Hacienda, donde estaba Moisés; nosotros seguimos ahí.

Empezamos, entonces, a buscar materiales en las bibliotecas, en la Biblioteca México, que fue una fuente muy importante porque los dos trabajábamos siglo xx; empezamos a trabajar, pero afuera era todo informal, no había contrato, no sabíamos ni cuánto ganábamos. Yo tenía doctorado; Eduardo era pasante, pero a él le pagaban más porque tenía hijos; entonces yo tuve que protestar. Don Daniel me dijo: “Sí, pero él tiene familia.”

“Pues yo me estoy quedando y todavía me paga usted menos y tengo dos títulos que él no tiene”. Y, bueno, me pagó lo mismo, que era injusto porque yo tenía más méritos que él, pero, bueno, me acostumbré. Eran épocas en las que el machismo dominaba y lo esperaba yo, pero me había costado mucho trabajo encontrar un puesto de investigación, así es que, bueno.

El proyecto de don Daniel me pareció interesante, la forma en la que trabajaba el seminario me pareció interesante; se hacía un proyecto, se discutía, discutíamos todos, lo atacaban mucho. Don Daniel nos defendía, generalmente, porque los de El Colegio éramos dos de la UNAM y todos los demás exalumnos de El Colegio de la vieja generación; entonces no les gustaban los externos.

Empezamos a trabajar y realmente era el camino a una completa transformación de El Colegio; yo no me daba cuenta. Don Daniel iba a fundar el Centro de Estudios Internacionales (CEI), se había creado ya *Historia Mexicana*, se creó *Foro Internacional* y empezaron a llegar profesores de todo el mundo para dar clases en Internacionales: australianos, africanos, japoneses; desde luego, de Europa, Francia, Estados Unidos muchísimos. Al trasladarnos al edificito chiquito de Guanajuato 125, en la sala de la biblioteca, que era abierta, estaban todas las enciclopedias, todos los libros, todos los periódicos: el *New York Times*, *Le Monde*, el *Times* de Londres, en fin, para mí era... ni soñaba yo con una institución así; y empezó también a haber la maestría de Historia, que se había interrumpido por falta de dinero y empezó, desde luego, el Centro de Estudios Internacionales.

Me fascinó el proyecto de don Daniel, esa forma de enseñar por la vía escolar y otra por la vía de investigar con investigadores de todas las ramas me pareció muy interesante. Pero fueron años muy difíciles para mí porque dominaba la escuela de don Silvio Zavala, que era, digamos, enemiga de la forma de la escuela de Edmundo O’Gorman de la UNAM, y yo era el enemigo; Eduardo Blanquel también era discípulo de O’Gorman, pero lo había recomendado Leopoldo Zea, que había sido uno de los alumnos de El Colegio. Entonces él entró en una situación mejor que la mía, pero, a pesar de eso,

me gustó el proyecto de don Daniel, aunque fueron años difíciles para situarme tanto como mujer como por la forma de ver la historia según mi maestro. Pero no me importó mucho porque me gustaba el proyecto de don Daniel.

Imagínense lo que es de 1960 a 2020, los cambios que ha tenido el país; debemos haber tenido entonces unos 55 millones de habitantes, frente a 120 millones de hoy, no era comparable. Dábamos clases en la tarde en la UNAM y salíamos en camión, no teníamos coche; el camión lo tomábamos en Insurgentes y llegábamos en 10 minutos; yo daba clases en la Universidad Iberoamericana, que estaba en Zaragoza, ahí en Coyoacán; también en camión, salía a las 5 y llegaba a las 5:10 a dar mi clase en la Ibero, y regresaba a la UNAM a las 6.

Era un mundo diferente, no había viajes pagados por las universidades, era un México de ambiciones más pequeñas, las instituciones eran más austeras, pero todo cambió con esa transformación que trajo El Colegio al mundo cultural. Don Daniel empezaba a mandar estudiantes al extranjero para que México no tuviera que traer profesores del extranjero; a Mario Ojeda a Harvard, a Rafael Segovia a París, al otro lo mandó a Italia, en fin, así, a todas partes los mandó, muchos a Estados Unidos.

Después de dos años de estar en El Colegio, año y medio más o menos, yo me iba a casar y mi ex-marido iba a ir a Harvard, a hacer su doctorado en estudios asiáticos, y yo me iba a ir; pensé que me podía llevar mi trabajo, podía hacerlo perfectamente allá, pero a don Daniel se le ocurrió que necesitaba una profesora o un profesor que enseñara historia de Estados Unidos y me propuso una beca para estudiar historia de Estados Unidos; me consiguió en una semana la entrada a Harvard, la Beca Rockefeller, todo porque don Daniel tenía una capacidad para organizar cosas que es increíble.

No fui nunca su alumna, pero aprendí mucho en los seminarios, en las reuniones que teníamos con él y en los cafés; a las 10 de la mañana, él tocaba en todos los cubículos y decía: “café”, quería decir: “quiero café y no quiero tomarlo solo, quiero compañía”, y ahí se discutía de fútbol, de las noticias del día, de los libros; llegaba a veces con visitantes importantes, como Frank Tannenbaum o Friedrich

Katz, distinguidos invitados que nosotros conocíamos tomando café, o algunos estudiantes de Estados Unidos que venían a estudiar. “Voy a estudiar el PRI”, y Don Daniel decía: “¡Qué barbaridad! Bueno, buena suerte”; sabía que era un despropósito absoluto trabajar en una tesis sobre el PRI.

Lo más interesante es que allí aprendimos muchas cosas de todo: de política, de sus inquietudes internacionales, de su amor por México y de su capacidad de historiador; realmente era muy innovador. Fueron los años difíciles.

En el nuevo edificio también tuve problemas porque la directora era alumna, la más importante, de don Silvio Zavala, y ella sí me quería sacar a como fuera; había sido mi profesora en la UNAM, pero de todas maneras no soportaba a O’Gorman y no quería a ninguno de los alumnos de O’Gorman en El Colegio. Ésa me hizo la vida de cuadros, pero resistí; decía don Daniel que era muy difícil sacarme porque parecía yo de esos muñecos de goma que los tiran y se vuelven a parar. Pues resistí mucho porque me gustaba el proyecto de El Colegio. En la UNAM, que era mi casa, yo hubiera tenido mejores condiciones y más facilidades, pero me gustó el proyecto de El Colegio, de discutirlo todo, nada se aceptaba nada más así porque ya estaba listo; decía alguien: “no, hay que revisarlo a ver si está bien”. Y eso me pareció lo más interesante, igual que las discusiones en seminario y hasta con los estudiantes, sus tesis, sus trabajos: la discusión era lo más importante.

Yo estaba en Harvard y resulta que me enteró que renunció don Daniel y nombraron a don Silvio Zavala presidente de El Colegio de México. ¡Santo cielo! Ahora sí mi destino está en salir de El Colegio; pero había un problema porque, al firmar el contrato de beca de la Rockefeller, se comprometía uno a trabajar por lo menos dos años en El Colegio de México. Entonces don Silvio quiso romper el contrato y que yo me fuera a la UNAM, pero la Rockefeller dijo: “No, aquí hay un contrato y lo cumple El Colegio; si no, le quito las becas”. Entonces me quedé.

Por fortuna, en 1966 nombraron a don Silvio embajador en Francia y ya se quedó Víctor Urquidi, que era el que había manejado El Colegio realmen-

te, porque él lo conocía: había hecho ya contratos, instituciones, reglamentos, es decir, le dio forma más institucional. Mario Ojeda me dijo: “Dejamos de vivir del sablazo para vivir con un proyecto”; teníamos un proyecto, teníamos un programa, se pedía dinero a las instituciones, a Hacienda, a la Secretaría de Educación, a Relaciones Exteriores y entonces sabíamos trabajar con eso.

Eso me lo dijo Mario porque yo hice la historia de El Colegio de los años en expansión, de 1960 a fin de siglo; entonces entrevisté tanto a Mario como a don Víctor Urquidi y a Luis González, que era muy memorioso, que me recordó muchas cosas de antes, de los antecedentes de El Colegio.

Regresar fue difícil porque empecé a dar clases en el CEI, donde las clases favoritas eran las de historia de Estados Unidos; les encantó a los estudiantes de Internacionales; a los del CEH no les importa un soberano cacahuete; no tuve éxito más que con un grupo, el grupo de Andrés Lira, el segundo de la maestría nueva de El Colegio; ése fue el único grupo que realmente me puso atención en el CEH.

En el CEI sí tenía yo mucho éxito, se interesaron muchos, muchos de mis alumnos se dedicaron a historia de Estados Unidos o a política exterior de Estados Unidos, como Sergio Aguayo; estuve muchos años, hasta los ochenta fui profesora de la licenciatura y fueron los años de mi docencia más feliz, porque realmente eran muy buenos alumnos: se interesaban, trabajaban, les importaba; yo daba la mitad de la clase con un profesor gringo que venía medio año; después ya me dejaron sola, pero durante varios fue con otro profesor; éstos fueron años muy buenos.

Después me dediqué más bien a historia de las relaciones México-Estados Unidos en el CEH, y a historia comparada de México y Estados Unidos, de la época más dura de la historia mexicana, que es de la Independencia a la guerra con Estados Unidos, cuando perdemos el territorio, se pierde Texas, todas las cosas desastrosas.

Todo mundo me pregunta: ¿por qué te dedicaste a una época tan dificultosa? Bueno, pues por eso, porque quería yo comparar todo lo que favoreció la historia norteamericana a los Estados Unidos y todo lo mal que nos fue a nosotros con

la independencia: de ser un virreinato gigantesco, progresista y rico a pasar a ser el vencido en 1848 y a perder la mitad de su territorio, pero, en fin, ésta es otra historia.

Después, ya con Víctor Urquidi, incluso llegué a encargarme durante nueve años del Centro de Estudios Históricos; entré después de Luis González, al que le estaban haciendo huelga los estudiantes porque les daban clases nada más tres maestros, el doctor Gaos, Manrique y la directora; era el grupo nada menos que de Aguilar Camín, Enrique Krauze y de muchos sudamericanos importantes. Luis González se hartó, no sabía qué querían y tenía menos cancha que yo porque yo había enseñado en el Poli, en la UNAM, en la Ibero, como que me había hecho callo.

En la UNAM, a pesar de todo yo lograba imponerme. Un día saqué a uno y me dijeron: “Maestra, ¿se da cuenta a quién sacó?” “¿A quién saqué?” Al Zorry —era uno de los alborotadores del 68—. Y les dije: “Pues ¡I’m sorry!”. Me saludaba en los pasillos, pero yo no sabía quién era el Zorry.

En El Colegio, entonces, yo les dije: “bueno, a ver, ¿qué les molesta?” “Queremos tener más maestros, nomás tres maestros es muy aburrido todo el tiempo. Les dije: “Yo conozco el plan de doctorado norteamericano, el inglés y el alemán; el español es pésimo porque estudié en España; ése ni siquiera lo tomo en cuenta, pero los otros los conozco bien”. “No, no, no; si no se trata de eso: queremos nada más que nos den clases más profesores”. Ah, pues está más fácil; eso era fácil.

Yo me llevé bien con ese grupo. Eran muy buenos, era el grupo más brillante, donde tuvimos también un suicidio, una muchacha que vino del Banco de México, que era una contadora muy exitosa y se metió también en ese grupo tan brillante, de pasar de contadora a historiadora. Pobrecita; yo me acuerdo del primer examen que le hice; era de 7 a 9 y a las 9 ella estaba sudando y le dije: “No te preocupes, yo me quedo hasta que tú termines, no hay prisa, tú termina tu examen; pero la vi que estaba espantada y no me di cuenta; para colmo, hizo la tesis con Moisés González Navarro, que no era muy accesible con los estudiantes; entonces, no la supo ayudar. Carlos Marichal, nuestro mejor his-

toriador económico de El Colegio, piensa que el material que tenía era espléndido, que podía haber hecho una tesis brillante, pero la pobre no pudo competir en ese grupo, que eran todos brillantes; había dos venezolanos buenísimos, un colombiano excelente, un haitiano que entonces hizo una muy buena tesis con Moisés; después ya le ha dado por ser embajador y hablar tonterías, pero entonces era un brillante estudiante. Era un grupo grande, todos eran buenos; y esta pobre niña; cuando me habló su madre para avisarme que se había suicidado, me sentí verdaderamente morir porque pensé que yo la podía haber ayudado más, pero, bueno, no me di cuenta de que era tan grave la situación.

Después me fui de año sabático dos años; me dieron la Beca Guggenheim; he dado clase en la universidad de Texas; estuve en Berkeley; fui invitada en el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres; estuve en Frankfurt, dando clase en la Universidad Goethe; ése es mi máximo galardón de atreverme a estar en un lugar tan diferente en épocas en las que los estudiantes hasta le mesa me quitaban. Lo único bueno que me ayudó fue decir: “no entiendo el alemán”; no era cierto, pero con “*Ich verstehe kein Deutsch*” se iban porque no podían discutir conmigo de ideologías.

Todas esas cosas creo que se las debo a El Colegio de México; yo era bastante buena profesora; cuando entré ya tenía dos libros publicados, artículos incluso en *Historia Mexicana*; yo creo que ése es el que me abrió paso para que me invitaran; no lo sé, nunca supe; se lo pregunté a varios, pero nadie supo por qué me invitaron a mí. La cuestión es que realmente yo le debo mucho a El Colegio; aprendí mucho de la vieja escuela de don Daniel, que hizo un grupo multidisciplinario sin tantos bombos y platillos. Don Daniel lo hizo y funcionó.

Yo creo que el aprendizaje de la disciplina, de la crítica ante todo, ha sido fundamental y por eso estoy yo muy orgullosa de mi centro, porque yo creo que sigue siendo el primero y el más productivo, pero además, como decía Luis González cuando escribió la historia del centro, por ser “la pasión del nido”. Realmente, a pesar de las dificultades, tal vez por las dificultades, porque a mí me gustan


los retos, aprendí lo mejor de todos, incluso de conocer a don Silvio porque, fuera de que al principio me quiso, después me trató ya como doña Josefina. Cuando me dijo doña Josefina, dije: “ya estoy viejita”, porque en la casa sólo a los viejitos les decíamos dones. En España no: cuando yo obtuve el tercer posdoctorado me pusieron doña Josefina, que era adquirir otra dimensión. Pero aprendí también de don Silvio algunas cosas; él era de una escuela muy positivista, de pensar que la verdad es asible; pues es muy difícil, porque la verdad está impregnada por lo que somos, por lo que hemos aprendido, por la religión que tenemos, por la educación que hemos tenido, por en qué país vivimos, hasta por qué ruido oímos todos los días, porque esto ya se ha hecho muy difícil.

Yo creo que ha sido una institución que me dio mucho; pude plantear proyectos que me gustaban, por ejemplo, historia de la educación, historia política del siglo XIX, un proyecto de digitalizar todo el Archivo de Notarías, que sirve de material para todas las formas de historiar de El Colegio. Por ejemplo, si quiere uno saber qué generales se enriquecieron siendo generales en las guerras, es muy fácil porque ahí se ve qué haciendas compraron, qué vendieron, qué transaron, etcétera; y testamentos, hay tres testamentos de Santa Anna. Ése fue un proyecto que trajo el profesor Potash de Estados Unidos, de la Universidad de Amherst; nos conocíamos bien él y yo porque habíamos participado en una reunión de historiadores mexicanos y estadounidenses, y entablamos una buena relación que duró hasta que se murió, pero su proyecto si-

gue en El Colegio; él consiguió el primer dinero, él consiguió el modelo, él lo diseñó. Lo pensó como modelo para toda Latinoamérica porque se dio cuenta de que el Imperio español lo hizo en todas partes igual.

Él lo pensó como modelo, pero yo me di cuenta de que era muy buen material para la historia y entonces decidí seguirlo y me apoyaron tanto Urquidí como Andrés Lira, como Mario Ojeda y también Javier Garcíadiego. Todos me apoyaron y sigue existiendo todavía, seguimos trabajando en él; yo no trabajo, ya lo hace Pilar Gonzalbo, pero es un proyecto que yo creé; y con el de historia de la educación creamos un buen grupo de historiadores que ahora están en diversas instituciones, en la UNAM, en el Poli, en el Cinvestav y aquí en El Colegio, y también de alguna forma en la Ibero.

Creo que esas cosas que hice también las pude hacer por el apoyo de El Colegio. Víctor Urquidí me dio un apoyo increíble, Mario Ojeda también, Andrés Lira también. Creo que en esos 60 años de El Colegio he dejado muchas cosas, he tenido muchas becas buenas, pero todo realmente es una aportación de El Colegio.

Por eso decidí que todos mis premios y mis medallas están y van a estar en El Colegio, en la biblioteca. ¿Por qué? Pues son producto de mi paso por esta institución, la que realmente se volvió mi casa. A pesar de que he estado en tantas universidades y que Harvard me dio tanto y lo reconozco, ésta es mi casa; la UNAM es mi *alma mater*, pero ésta es mi casa: aquí desarrollé realmente el oficio de historiar. 

La aventura del Centro de Estudios Internacionales

Lorenzo Meyer

Centro de Estudios Internacionales



En el gobierno del general Cárdenas, hay eventos que son de gran importancia, pero que eran esperados; por ejemplo, la reforma agraria; hay otros que resultaron inesperados para el gobierno, para México en general. Uno de ellos es la creación de El Colegio de México; su origen como La Casa de España está asociado a un cataclismo en Europa que empieza en España. La Guerra Civil española podemos considerarla como el inicio de la Segunda Guerra Mundial; alguien podría decir que es la continuación de la Primera Guerra; en fin, es un evento externo, que tiene, entre otros reflejos, la presencia en México de artistas y académicos españoles que fueron invitados para formar La Casa de España, que luego se transformaría en El Colegio de México.

Así, no es nuestra institución resultado de una planeación, sino la manera de aprovechar la coyuntura, que creo que se aprovechó perfectamente: España expulsó a unos de sus mejores cuadros académicos y artísticos, y México les abrió un espacio y aprovechó ese capital humano para crear su propio medio académico. Claro que ya estaba la

Universidad, y estaba naciendo el Politécnico, pero se hace El Colegio de México como una institución pequeña, dedicada a la investigación y también a la docencia en pequeña escala, con su Centro de Estudios Lingüísticos, su Centro de Estudios Históricos, su Centro de Estudios Sociales —que con el paso del tiempo se transformará en el Centro de Estudios Sociológicos— y luego los otros centros que conforman El Colegio actual.

Yo entré en el momento en el que se funda el Centro de Estudios Internacionales, a la muerte de Alfonso Reyes, el presidente de El Colegio; su lugar lo toma Cosío Villegas, que había tenido experiencias en el servicio exterior y había visto directamente que hacían falta cuadros especializados en política exterior, que México necesitaba un cuerpo diplomático, a la vez que un grupo académico que explorara la naturaleza de la política mundial y el lugar que la política mexicana debía de tener ahí, y que pudiera incluso proveer de divulgadores de este ámbito para la prensa y los medios de difusión.

Es así como se inicia el Centro de Estudios Internacionales en 1961 y yo soy producto de esa primera generación. Fue un experimento en el que se captó a alumnos de un gran abanico de edades; yo tenía entonces 18 años y tenía compañeros de 32, 33 años. La idea era que ingresaran estudiantes que ya tuvieran la licenciatura y algunos ya la tenían, en efecto, en derecho, en economía, pero que quisieran aprovechar esta oportunidad: una licenciatura de un grupo pequeño que iba a tener a un profesorado realmente de primera, con profesores invitados del exterior, especialistas de otros países, junto con profesores mexicanos. Se pensaba en una educación de excelencia; desde luego, se pidió que todos dominaran el inglés y de preferencia otro idioma; el francés sería lo más común.


La verdad es que no hubo suficientes candidatos y entonces por eso tuve yo la oportunidad de entrar; yo no sabía ni la o por lo redondo en inglés y El Colegio decidió convertirse también en una escuela de idiomas; no teníamos la infraestructura para enseñar idiomas en la propia institución —por cierto, acababa de mudarse a un edificio nuevo en las calles de Guanajuato en la colonia Roma, pero no tenía pensado un sistema para la enseñanza de idiomas—, así que se pidió a una institución que ya dejó de existir, el Instituto Mexicano Americano de Relaciones Culturales, que nos diera a la mitad del grupo, ni más ni menos, una clase intensiva de inglés: tres horas diarias durante un tiempo muy largo, más de un año; así pudimos aprovechar, no en el primer semestre, pero sí a partir del segundo y sobre todo del segundo año, a profesores que vinieron del exterior con recursos que consiguió El Colegio no solamente de fuentes mexicanas, sino de fuentes externas.

Fue un primer paso que también obligó a mejorar la biblioteca, a que adquiriera una buena cantidad de obras de este tema, del tema específico de política exterior, de historia contemporánea del mundo, de todos los continentes.

La idea original era que ya tuviéramos —como dije— licenciaturas en otras disciplinas, pero no era el caso de todos, aunque como algunos sí ya la te-

nían, entonces se hizo una licenciatura, por única vez, primera y única vez, de tres años. A los tres años se terminó esa primera camada y se pensó en invitar a un grupo de poco más de una docena de los egresados a que siguieran, pero en el doctorado. En ese entonces, no había doctores en ese tema en El Colegio de México, por lo que tuvo que recurrirse a la invitación de un profesor francés que viniera a decirnos a los alumnos, y yo creo que también un poco a El Colegio en general, qué era un doctor; su consejo fundamental, que todavía me parece interesante, es que no se necesitaba ser particularmente inteligente para conseguir el doctorado: se necesitaba una disciplina férrea para poder permanecer durante años en la investigación y era esta disciplina la virtud, no la inteligencia.

De ese primer doctorado nada más nos doctoramos dos y como la eficiencia terminal fue de dos, de más de una docena, pues entonces se tuvo que cerrar. Por mucho tiempo la tarea del Centro de Estudios Internacionales fue la investigación y la licenciatura; luego se fueron abriendo maestrías; todavía es el momento en el que se está pensando si se vuelve al doctorado, pero pues, el que con leche se quema hasta al jocoque le sopla; ahora están pensándolo, tomándose su tiempo.

Así se inició esta aventura del Centro de Estudios Internacionales en El Colegio de México. 

“El Colegio, una casa muy íntima, pero muy abierta a la experiencia del mundo intelectual y cultural, no estrechamente académico”

Andrés Lira

Centro de Estudios Históricos



Mi experiencia en El Colegio de México es larga; comienza cuando estaba yo estudiando Derecho todavía, allá por 1962, e iba a buscar al profesor Eduardo Blanquel, que estaba entonces en El Colegio, trabajando en el programa de la historia de la Revolución mexicana con don Daniel Cosío Villegas. Yo le iba a pedir bibliografía para estudiar por mi cuenta historia de México; me la dio en una sentada, en una conversación muy agradable en el edificio de Guanajuato 125; recién estrenado estaba el edificio pequeño.

Seguí tratando al profesor Blanquel; lo vi algunas otras veces en El Colegio y afuera de El Colegio, pero, una vez, andando yo por la calle —había terminado ya los estudios e iba a entrar al despacho de un abogado muy bueno con el que había trabajado—, me encontré al profesor Blanquel en Reforma y me dijo: “Oye, no has ido por lo de tu beca a El Colegio de México”; pues ¿cuál beca? Me informó del programa de maestría, la segunda promoción reciente que se había abierto en los años sesenta. Era a fines de 1963

cuando nos vimos esa vez, ya había yo terminado los estudios.

Entonces me interesó mucho; hice la solicitud y entré; dejé lo de la práctica del derecho. Trabajaba en otra cosa en la Universidad, también en un seminario, y seguí como estudiante, de 1964 a 1968, que presenté la tesis. Me fui a Estados Unidos a estudiar y regresé a El Colegio en el verano de 1969.

El 10 de junio de ese año falleció el doctor Gaos, con quien yo había hecho la tesis; el doctor Gaos me había dicho, una semana antes de su fallecimiento, que me doctorara pronto, que no me entretuviera mucho allá en Estados Unidos y que regresara, que quería que yo me hiciera cargo de algunos estudiantes porque él tenía que operarse.

Esto fue el 3 de junio; yo iba a regresar a Estados Unidos, pero me dijeron que si prefería quedarme para hacerme cargo de esos estudiantes de maestría y lo hice. Lo hice muy interesado por lo que significaba para mí El Colegio y el encargo del doctor Gaos. Todo esto fue muy grato y ya me quedé en México.

Trabajé como profesor del Centro de Estudios Históricos hasta enero de 1982 porque entonces nos fuimos mi familia y yo a Zamora, para trabajar en El Colegio de Michoacán que había fundado don Luis González en enero de 1979. Yo había ido a dar clases ahí y la idea de establecernos en Michoacán nos interesó. Nos fuimos y allí estuvimos; ahí mis hijos crecieron, hicieron la primaria; la mayor, desde la primaria hasta la preparatoria, 11 años y medio, casi 12, al cabo de los cuales regresamos a la Ciudad de México y yo regresé a El Colegio.

Fui muy bien recibido; nunca me separé de El Colegio de México; la relación de El Colegio de Michoacán con El Colegio de México es muy estrecha

y era desde entonces muy estrecha. Regresamos y regresé al Centro de Estudios Históricos; estuve ahí como profesor, como coordinador, como director del centro un tiempo y después, en 1995, me hice cargo de la presidencia, fui nombrado presidente de El Colegio. Yo había sido presidente de El Colegio de Michoacán; allá había aprendido muchas cosas.

Para entonces se había dado un proceso de burocratización tremenda. Primero, en la Secretaría de Educación Pública se creó una Unidad de Control de Gestión y pedían muchos informes; yo batallé mucho con eso en la presidencia de El Colegio de México. Y la relación con Conacyt siempre fue cordial pero complicada; pedían mucha información, había que preparar la información para las instancias públicas, un sistema de información que se fue haciendo más rígido a medida que pasaba el tiempo y, sobre todo, cuando entró en vigor la famosa Ley de Instituciones Paraestatales. Nos pedían cuatro informes al año, cuatro informes trimestrales cada año; era un esfuerzo tremendo. Eso lo padecí, lo padecimos allá, cuando estaba en la presidencia de El Colegio de Michoacán, y acá en El Colegio de México, en buena medida también; ya se había hecho un sistema más dinámico, pero no por eso menos exigente y complicado; las reuniones de informes eran en Puerto Vallarta, fuera de la Ciudad de México, con un gasto muy grande, una complicación grande, mucho papeleo.

Ya en la presidencia de El Colegio, al celebrarse un aniversario importante de la fundación de La Casa de España en México, los 60 años, logramos que se reconociera la autonomía de El Colegio como institución académica, que de hecho la tenía desde 1961 porque nace con el esquema de institución universitaria libre en cuanto a institución académica, capaz de dar títulos.

Todo esto fue una experiencia y debo decir que estuve apoyado por un excelente equipo de trabajo; estaba entonces en la Secretaría Administrativa General el señor Dardón; fue una experiencia importante que sí exigió que yo desatendiera en buena medida la continuidad de mis investigaciones, aunque no totalmente, nunca dejé de dar clases, nunca dejé de investigar y seguí trabajando.

Cuando vino el relevo en la presidencia y se hizo cargo el doctor Garcíadiego, me reintegré plenamente a mi labor de investigador. En noviembre de 2013 fui nombrado profesor-investigador emérito, es decir, me retiré como profesor de planta. ¿En qué sentido? Sin dejar de estar trabajando, sin abandonar mi cubículo ni mis investigaciones, cursos, dirección de tesis, lo que sí hice fue adscribirme al plan de pensiones que se logró en la presidencia que desempeñé yo y en los primeros años de la del doctor Garcíadiego; llegaron finalmente los recursos que se habían negociado anteriormente.

Este plan de pensiones es muy importante porque permite que los profesores con edad se adscriban a él, y sigan vinculados a El Colegio a través del Programa de Estudios Interdisciplinarios, desempeñándose sin problemas como profesores en los centros. El plan abre un espacio para la renovación de la planta; ésta es la idea: que las instituciones puedan renovarse, tengan a su disposición plazas para la renovación, pero que no prescindan de la experiencia y el conocimiento que han desarrollado profesores que tienen ya bastantes años, en edad de retiro administrativo, pero de ninguna manera de retiro académico.

Afortunadamente, en la profesión que tenemos nosotros como investigadores en Humanidades y Ciencias Sociales, el tiempo, el paso del tiempo, la experiencia es un insumo importante: repercute directamente sobre la posibilidad y capacidad de ver realidades humanas; la experiencia, la vivencia, es un insumo importante en este sentido.

Ésa es la carrera formal que tuve como profesor-investigador de El Colegio; es una trayectoria que implica una experiencia, una continuidad en la formación personal, que se refleja, por supuesto, en el desempeño de las tareas de investigación, de docencia, de difusión, de relación institucional e interinstitucional.

A mí me llamaron la investigación y la enseñanza desde que estaba yo en la Facultad de Derecho; tan es así, que ya desde finales de 1961, en 1962, 1963, que todavía estaba estudiando derecho, fui auxiliar alumno o asistente de investigación y enseñanza en el Seminario de Sociología en Derecho en la Facultad de Derecho; eso lo seguí haciendo en el primer

año que estuve en El Colegio, durante el curso propedéutico. No había beca para el curso propedéutico, no recibíamos beca; entonces, tenía que tener ingresos, teníamos necesidades familiares en casa, pero siempre trabajando en relación con actividades académicas.

Eso me ayudó mucho, esta experiencia en el Seminario de Sociología en Derecho, ahí en la facultad, y en armonía con lo que realicé en El Colegio como estudios. Entré en 1964 en el curso propedéutico; el profesor Blanquel —que todavía seguía en El Colegio— me decía que si quería incorporarme a la promoción anterior de maestría, la que nos precedía dos años y que tenía como estudiantes a Enrique Florescano, Alejandra Moreno, Clara Lida, José Matesanz, en fin, colegas distinguidos que hoy son profesores, algunos ya retirados como José Matesanz. Pero a mí no me interesaba avanzar formalmente; lo que me interesaba era la experiencia espléndida que me estaba dando El Colegio, la enseñanza de profesores como Luis González y González, que era director del Centro de Estudios Históricos cuando yo entré; de la doctora María del Carmen Velásquez, que después fue directora, una mujer de gran disciplina, de gran comprensión de los alumnos, siempre atenta a las necesidades académicas de los estudiantes; estaba el doctor José Miranda, que nos dio Historia de la historiografía, Teoría y método de la historia, Hispanoamérica colonial, un hombre de una formación magnífica, uno de los miembros del viejo Colegio de México; él había llegado a México en 1944.

Ya en esos años, en el segundo semestre de 1964, José Gaos nos dio un excelente curso de Filosofía de las ciencias humanas. Realmente, con esas experiencias, lo que uno aprendía ahí era insustituible; no se trataba de avanzar para lograr el título, sino de permanecer en las aulas al lado de estos profesores y de colegas muy trabajadores, excelentes, para aprovechar y estarse formando. La experiencia de estudiante en El Colegio fue magnífica, una formación sería tanto en los cursos como en la elaboración de las tesis.

Fuimos ocho los que iniciamos y terminamos; hubo algunos otros compañeros que se incorporaron y luego salieron, pero los ocho que ingresamos

en 1964 nos recibimos como maestros en Historia, cuatro trabajando la tesis con el doctor Gaos.

Una formación magnífica, cursos espléndidos; podría mencionar varios; por ejemplo, un curso que nos marcó mucho, que nos abrió un panorama magnífico, fue el de Historia de Estados Unidos que impartía la doctora Josefina Vázquez, un curso muy dinámico en el que la bibliografía de la historia norteamericana, en inglés, nos hizo avanzar muchísimo, percibir otras maneras de hacer historia y de apreciar también testimonios culturales; me acuerdo que en ese curso leíamos novela, teníamos que hacer trabajos sobre alguna novela, aparte de los trabajos sobre temas propiamente históricos; oíamos grabaciones de discursos públicos en movimientos, algún documental. Yo creo que eran cursos de una vitalidad y hechos de alguna manera a la medida de nuestras necesidades, es decir, éramos pocos estudiantes y teníamos la atención concentrada de diversos profesores.

Llegó, por ejemplo, un profesor francés Claude Bataillon; tuvimos en la formación siete profesores franceses, uno de ellos Jean Meyer, que vino muy joven a México y se afilió a El Colegio; llegó a El Colegio como profesor. Había ese acuerdo con Francia; el doctor Silvio Zavala, que fue presidente de El Colegio de 1963 a 1966, se fue como embajador de México a Francia; él tenía muy buenas relaciones con los historiadores europeos y tenía mucho empeño en esa relación, siempre para enriquecer los programas docentes con la participación de profesores de distintas universidades, notablemente franceses, que realmente era en Historia y Geografía una experiencia magnífica.

Me recibí en historia el 6 de septiembre de 1968; ya había todo el movimiento que había empezado en julio de ese año; y en derecho, que había dejado yo la tesis colgada, el 10 de septiembre. Y el 14 de septiembre salí a Estados Unidos, a Nueva York, para ir a la Universidad Estatal de Nueva York en Stony Brook, en Long Island.

En realidad, lo que me benefició mucho fue el rigor metodológico de investigación que me dio El Colegio; lo puse también en la tesis que elaboré en derecho; ya tenía yo cierta experiencia por el seminario de sociología donde estaba un viejo profesor,

un hombre muy sabio, don Juan Pérez Abreu, con el cual trabajé mucho, compartí una amistad muy agradable, tomábamos café todos los sábados, conversaba espléndidamente, y todo eso fue un enriquecimiento y me dio seguridad.

El método que me enseñó el doctor Gaos, quien me sugirió incluso el tema de tesis de Historia, lo apliqué a la tesis de derecho y realmente sí me beneficié mucho de esta experiencia de El Colegio, de dedicarse a la formación de investigadores y profesores de historia, porque así nace El Colegio, así nace el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, allá en 1941, el primer centro, en el cual hubo tres promociones que pueden distinguirse: de 1941, luego otra de 1943, luego otra de 1946.

En fin, pero se traslapaban las generaciones. Nosotros, por ejemplo, convivimos bastante en algunos cursos con estudiantes de la generación anterior a la nuestra; no había una ruptura en la experiencia y en el trato con estudiantes de otras promociones en los mismos centros y de otros centros; por ejemplo, compartíamos profesores con el entonces Centro de Estudios Orientales, hoy Centro de Estudios de Asia y África del Norte, porque había profesores de historia de la India excelentes, de cuyos cursos nos beneficiábamos y los tomábamos con los estudiantes de ese centro y del Centro de Estudios Internacionales. Así que era una convivencia muy intensa y muy fructífera; realmente, esa comunicación la permitía El Colegio; creo que la permite actualmente, aunque, claro, ya las dimensiones de la institución son otras y hay mucha más variedad en la oferta académica, pero la idea de formar investigadores, de hacer de la investigación en ciencias humanas, o sea, humanidades y ciencias sociales, una profesión, una dedicación plena, ésa es la idea de la fundación de El Colegio de México.

Porque recordemos eso: es primero La Casa de España para facilitar a los profesores españoles que habían salido con la guerra la continuidad de su labor y que beneficiaran temas mexicanos, y eso se convierte en El Colegio de México ya al triunfo del régimen de Franco: la Casa de España se transforma en El Colegio de México.

En el diseño del primer Centro de Estudios Históricos es definitiva la aportación de profesores

como José Gaos que llegó en 1938 a La Casa de España en México y nunca se desprendió de El Colegio de México; José Medina Echavarría, que entonces estaba en México; Silvio Zavala, mexicano, yucateco, que había estudiado en España y había absorbido la experiencia y la formación en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, que dirigía Menéndez Pidal; se forma él como estudiante en la Universidad Central de Madrid, pero luego es becario del Centro de Estudios Históricos de Madrid y ésa es la idea: que los estudiantes, como decía Luis González, deben ser vocados, con vocación, y becados para que puedan dedicarse al desenvolvimiento de su vocación, y esto es un gran beneficio que, afortunadamente, otras instituciones retoman, comenzando por la Universidad Nacional Autónoma de México. Hay que tomar en cuenta que el instituto o Centro de Estudios Históricos de la Universidad se funda en 1945; el de El Colegio se había fundado en 1941.

Se compartían profesores, se compartían aulas; incluso, en toda la primera época de El Colegio, hasta 1951 —que viene un desempeño docente muy amplio con estudiantes muy notables, con profesores esplendidos—, El Colegio no podía dar títulos; entonces había un convenio con la Escuela Nacional de Antropología e Historia y con la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, y ahí es donde se titulaban los becarios de El Colegio; después El Colegio admitió becarios de esas instituciones para que se dedicaran de tiempo completo a su trabajo, para que se desempeñaran como se habían desempeñado los profesores españoles de La Casa de España y luego de El Colegio, que eran becarios, es decir, tenían una beca con la obligación de dedicarse plenamente a las labores de investigación y de enseñanza.

Ésa es la percepción que, en términos generales, tuve como estudiante y que no difiere mucho de la que se tiene como profesor, porque el esquema propio del Centro de Estudios Históricos y de otros centros de El Colegio es el trabajo de seminario, es decir, no solamente la exposición magistral que hace el profesor para informar a los alumnos, sino el trabajo de investigación de los alumnos en rela-

ción también con las labores de investigación que desempeñan los profesores. En ese sentido, este trabajo de seminario, que implica una participación activa de docentes y dicentes, es muy fructífera; es de lo que se trataba y es lo que llevamos a cabo.

A mí me ha tocado desempeñarme como profesor de Historia de las ideas e instituciones políticas y jurídicas mexicanas, éste es el campo principal de mi trabajo como profesor y como investigador. En ese sentido, echamos a andar ya a principios del siglo XXI, a partir de 2004, un seminario que hasta la fecha conservo, que se llama Formación política de México siglos XVI-XX, es decir, admite todo: la formación política, entran ideas, instituciones, acontecimientos, movimientos sociales, en fin, todo aquello que pueda acoger a estudiantes, que en principio estaban haciendo la tesis bajo mi dirección, y con la participación de estudiantes de otros centros y de otras instituciones académicas del país, y hasta del extranjero que querían integrarse a los cursos y al seminario. Siempre hay estudiantes de otros centros, estudiantes de otras instituciones que vienen a hacer algunos cursos o a hacer todos los cursos de su grado aquí, en El Colegio de México; y los profesores, porque no es un caso exclusivo mío, los profesores tienen algunos seminarios permanentes que enriquecen la experiencia de todos con esta participación y de eso han salido trabajos muy interesantes, trabajos colectivos, seminarios internacionales.

Por ejemplo, en nuestro seminario de Formación política de México acogimos el seminario internacional Concilios provinciales mexicanos, que se venía desarrollando en El Colegio de Michoacán bajo la dirección del doctor Alberto Carrillo Cázares, que logró la publicación de todos los manuscritos del Tercer Concilio Provincial Mexicano, importantísimo; el seminario se iba a suspender allá por falta de recursos, teníamos aquí algún recurso que habíamos logrado en un concurso de proyectos en el Conacyt y bajo esta posibilidad acogimos el seminario Concilios provinciales mexicanos, un aspecto importantísimo, un campo importantísimo en la formación política de Nueva España: los concilios provinciales son la definición del gobierno eclesiástico, que es parte clave en la

integración política de la monarquía española. Entonces se logró eso y hemos continuado con el Cuarto concilio provincial mexicano; el tercero se realizó en 1584-1585; el cuarto concilio es hasta 1771, pero esto permite acercarse a fuentes importantísimas y deslindar campos de investigación muy interesantes.

En la actualidad, por ejemplo, nuestro seminario ha realizado, en colaboración con la Universidad de Siena y con ASAFAL, una asociación de estudios de Asia, África y América Latina, ya hemos realizado tres seminarios internacionales sobre formación política y buen gobierno. Hay que recordar que en el Palacio de Gobierno de Siena están estos murales espléndidos del buen gobierno, esta pintura medieval magnífica y la idea de buen gobierno es clave en la construcción del orden político medieval y del orden político moderno.

Entonces, El Colegio ofrece esta posibilidad de dedicación intensa a tareas de investigación y esta dedicación intensa que requiere continuidad; la continuidad es algo muy importante.

Y ya para terminar, porque ya llevo rato hablando, quisiera advertir la percepción que tengo de quienes han encabezado la institución desde Alfonso Reyes, a quien no conocí personalmente; él murió, como sabemos, en diciembre de 1959; estaba yo en primero de derecho entonces. Sí supimos de su muerte.

Hay constancia, en el Archivo Histórico de El Colegio y en la bibliografía acerca de El Colegio, de la intensa labor que desempeñaron estos presidentes, don Alfonso fue nombrado por el general Cárdenas como presidente del patronato de La Casa de España en México; cuando La Casa de España se transforma en El Colegio de México, don Alfonso es nombrado presidente de El Colegio de México hasta su muerte; fue un presidente vitalicio, por más que el proyecto de El Colegio se echa a andar con la iniciativa muy clara de don Daniel Cosío Villegas, que ve la posibilidad de atraer a intelectuales españoles, dada la situación inestable que se vino con la caída de la República y con la Guerra Civil.

Entonces surge este proyecto y hay la continuidad porque don Alfonso, como gran figura en el

mundo intelectual y que había trabajado en España, es un factor muy importante en la relación con la intelectualidad española europea, y don Daniel, que se había dedicado a la economía, al estudio de la economía después de sus estudios de derecho, y por su empeño en las ciencias sociales, actúa como secretario de la institución; un hombre de empresa, de mucho carácter, a veces carácter difícil, pero un hombre de energía, que no dejó El Colegio.

Siendo estudiante de El Colegio, recuerdo la llegada de don Daniel a la biblioteca; posteriormente, todos los lunes se aparecía don Daniel en El Colegio e iba a comer con algunos profesores, colegas, profesores visitantes; tuve la suerte de incorporarme a sus comidas cuando ya era yo profesor de El Colegio, ya en 1971; con las últimas comidas de don Daniel estuve ahí con el grupo, un grupo estable, pero siempre enriquecido con la presencia de algún visitante, con don Daniel como presidente. De él se aprendía muchísimo también: la firmeza en sus proyectos, la capacidad de ese liderazgo, de atraer gente que estaba trabajando con él; eso me tocó ver. Me tocó ver cómo logró que se hiciera la historia de la Revolución mexicana que había quedado interrumpida.

De don Silvio Zavala como presidente y como profesor aprendí esa visión clarísima de dimensión universal que tenía de la historia de América; es decir, teníamos que ver la historia de nuestros países en una relación siempre de intensificación de las realidades intercontinentales, internacionales. Don Silvio Zavala procuraba mucho la visita de profesores extranjeros, conferencias de las que nos hacía participar, y participaba en los seminarios que se tenían sobre determinados temas. Así conocí a varios profesores, entre otros a Pedro Armillas, gran antropólogo, historiador del paisaje y la cultura prehispánicas. Lo conocí en una conferencia a la que fue don Daniel, me acuerdo que hizo preguntas muy interesantes después de la exposición y luego lo encontré en Stony Brook, en la Universidad Estatal de Nueva York. Compartí experiencias muy agradables; me invitaba a cenar a su casa; era un hombre de gran conversación. Encontré ahí a Pedro Carrasco, un hombre de una sabiduría, de una generosidad; fue mi sinodal en el examen de grado.

Aquí encontré, ya como profesora, a una colega muy querida, Clara Lida.

El Colegio tiene esa capacidad de ser una casa muy íntima, pero muy abierta a la experiencia del mundo intelectual y cultural, no estrechamente académico; creo que esto es interesante y ha logrado y va logrando superar pruebas muy difíciles que se imponen con la burocratización creciente, eso es inevitable.

De los tres primeros presidentes de El Colegio, de don Alfonso tengo una memoria de oídas, de leídas; de don Daniel, de leídas y mucho de oídas; de don Silvio Zavala, pues de oídas, de trabajos; he hecho algunos trabajos sobre su labor como historiador y como académico, como directivo académico.


Después, de don Víctor Urquidi, una experiencia enorme: la firmeza en sus propósitos, y la capacidad de asimilar y de capitalizar lo que hacen otros, siempre con una exigencia de autenticidad y de seriedad.

De Mario Ojeda, la capacidad de conciliación, de certeza y de firmeza en los propósitos de El Colegio; hay que recordar que don Mario Ojeda fue secretario de El Colegio de México varias veces, y coordinador académico; siempre se desempeñó en su labor de investigación como investigador de las relaciones México-Estados Unidos, México-Norteamérica, como internacionalista de primera, entusiasta en la posibilidad de estudios actuales; por ejemplo, el programa de estudios fronterizos, que acabó convirtiéndose en El Colegio de la Frontera Norte, que está ahí como una institución señera; y también ese conocimiento de las personas que trabajábamos en El Colegio como estudiantes, como profesores, en momentos duros, como el de la famosa huelga de 1980, que fue el primer golpe muy duro para El Colegio. Destaca la labor de Mario Ojeda en la discusión y conciliación, porque en el mundo académico se es muy susceptible para muchas cosas y a veces había oposiciones por cosas simples, pero que a la postre resultan definitivas y muy negativas en la discusión de problemas políticos. Cuando vino ese movimiento, yo recuerdo que don Mario Ojeda, a veces acompañado de su esposa, Tilda, excelente persona queridísima, iba

a visitar a los profesores, a platicar y a hacerles ver que sobre cualquier posible disgusto, cualquier cosa, estaba discutiéndose la suerte de la institución en las reuniones que se hacían. Creo que ahí se trabajó muy bien; eso lo aprendí: aprendí a ver esa capacidad.

Bueno, luego me toca a mí; me beneficié mucho de lo que me habían enseñado como presidentes los antecesores. Y luego la sucesión con el doctor Garcadiago. Él tiene una visión muy amplia de las cosas, de la historia contemporánea, una cultura histórica, historiográfica enorme y una capacidad de gestión.

Y vinieron ya los relevos cada vez más competidos; la comunidad participa más en la designación de los directivos, del nuevo presidente. El esquema del Estatuto Orgánico de El Colegio ha cambiado para ponerse a la altura de las situaciones contemporáneas, de la variedad de programas y centros de estudio que hay en El Colegio, y esto ha enriquecido, pero también ha favorecido una concurrencia competitiva para el cargo de la presidencia.

Y tenemos actualmente a la primera mujer presidente de El Colegio, presidenta de El Colegio, como ella se dice. Creo que hay tiempos trabajosos como los actuales. Lo está haciendo muy bien; es una visión renovadora. Creo que toda institución debe tener un componente conservador, de consistencia y continuidad históricas, que sólo pueden entenderse con la apertura hacia las posibilidades y problemática crecientes, y obstáculos crecientes también, pero hacer de obstáculos posibilidades, porque la historia como proceso no es el pasado; la historia es una actualidad creciente de la cual, quienes trabajamos en las ciencias humanas y particularmente en la historia, tenemos que hacernos cargo, hacer del precipitado de los acontecimientos, de las situaciones imprevistas, experiencia, y de la experiencia, posibilidad de discusión, planteamiento problemático con serenidad para compartir posibilidades e intentar la solución de aquellos problemas que se nos presentan y que nos afectan a todos. 

El Colegio, “espacio de libertad para la investigación, la docencia y el intercambio de ideas, reflexiones y críticas con colegas y estudiantes”

Orlandina de Oliveira

Centro de Estudios Sociológicos



El Colegio de México cumple 80 años; muchos han sido los cambios acaecidos a lo largo de este tiempo. Josefina Vázquez, al narrar la historia de El Colegio, caracteriza el periodo que va de los años sesenta a los noventa como de expansión e institucionalización. Durante esos años, la planta de profesores, investigadores y estudiantes se ha expandido en forma considerable; también se abrieron nuevos centros de estudio y programas docentes en los niveles de licenciatura, maestría y doctorado. Se establecieron los órganos colegiados de evaluación y de toma de decisión; asimismo, se elaboraron los reglamentos necesarios para el adecuado desempeño institucional.

Ya en el siglo XXI, se inició el proceso de rejuvenecimiento de la planta académica y por primera vez una mujer ha sido elegida para ocupar la presidencia de nuestra casa de estudio; además, vale la pena destacar que recientemente se aprobó el protocolo de El Colegio para prevenir actos de violencia de género y para atender casos de acoso y hostigamiento sexual.

He tenido el privilegio de ser parte de esta institución durante más de 50 años; ingresé inicialmente en el Centro de Estudios Económicos y Demográficos; posteriormente, me incorporé al Centro de Estudios Sociológicos (CES), fundado en 1973 por Rodolfo Stavenhagen, respaldado por el presidente de la institución en aquel entonces, don Víctor Urquidí. El trabajo en equipo entre los integrantes del centro nos ha permitido, a lo largo de los años, consolidar las metas propuestas. Vale recordar que desde su fundación el propósito del centro ha sido triple: primero, llevar a cabo investigaciones sobre las problemáticas sociales de México y América Latina; mantener la diversidad del perfil académico de sus integrantes, albergando antropólogos, historiadores, sociólogos, economistas, politólogos; esa diversidad ha propiciado acercarse a la complejidad de las problemáticas tratadas; múltiples aspectos han sido abordados; a modo de ejemplo, cabe mencionar cuestiones agrarias, migración interna internacional, mercados de trabajos, sindicalismo, desigualdades sociales, pobreza, políticas públicas, movimientos sociales, relaciones entre Estado y sociedad. También han recibido atención aspectos electorales, culturales e identitarios; violencia doméstica y social; conflictos, derechos humanos, familias y relaciones de género.

El segundo propósito del centro ha sido formar investigadores con amplia base teórica, metodológica y técnica, habilitados para llevar a cabo estudios rigurosos sobre temáticas relevantes; para ello iniciamos, en la primera mitad de la década de los setenta, el programa de doctorado en ciencias sociales con especialidad en sociología, hoy día reconocido como de excelencia por el Conacyt. A la fecha se ha graduado más de un centenar de


investigadores; mediante la labor de los egresados, el CES ha tenido un impacto en el desarrollo de las ciencias sociales en el país y en América Latina.

En tercer lugar, en cuanto al objetivo de difundir el conocimiento producido en el campo de las ciencias sociales, se creó la revista *Estudios Sociológicos*, que ha tenido una amplia aceptación en el ámbito académico.

Cabe añadir que, a mediados de los años ochenta, bajo la coordinación de Elena Urrutia, se instituyó en El Colegio el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, hoy día denominado Programa Interdisciplinario de Estudios de Género. Desde la primera década del presente siglo, el CES alberga este programa, donde se imparte una maestría de estudios de género, cursos de verano y seminarios de investigación; además, se publica en línea la *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género*.

Durante mis años activos en El Colegio, me he dedicado a las labores de investigación y formación de recursos humanos, así como de desarrollo institucional; he participado en cargos de dirección, coordinación y de evaluación de las actividades académicas. Hoy día, ya jubilada, sigo investigando y transmitiendo el conocimiento que he adquirido a lo largo del tiempo; esto ha sido posible gracias al plan de jubilación que nos ha brindado El Colegio de México que, además de la renovación institucional, ha permitido mantener el intercambio académico entre diferentes generaciones, elemento esencial para conjugar la

experiencia acumulada por los investigadores de más larga trayectoria con la vitalidad característica de los más jóvenes.

El Colegio de México me ha brindado libertad de investigación y docencia, así como espacios de intercambio de ideas, reflexiones y críticas con colegas y estudiantes; en esta institución he encontrado ambiente intelectual estimulante y enriquecedor que me ha incentivado a llevar a cabo una agenda de investigación acorde con los desafíos que nos plantea la realidad mexicana y latinoamericana. He participado en varias investigaciones colectivas sobre distintos aspectos de la realidad social, por ejemplo: migraciones internas, mercado de trabajo, cambios en las familias, expansión del trabajo femenino remunerado, omisión social de las mujeres y relaciones de género. También he analizado aspectos vinculados con los procesos de expansión del sector terciario, la precarización laboral y las trayectorias de vida de los jóvenes urbanos pertenecientes a diferentes sectores sociales, estudios que han requerido la constitución de equipos de trabajo indispensables para la realización de investigaciones de largo aliento que involucran múltiples desafíos de carácter metodológico y técnico. En las diferentes investigaciones realizadas, ha estado presente el interés por dar visibilidad a las diferentes manifestaciones de las desigualdades regionales, de clase y de género imperantes en nuestra sociedad. 

El Colegio enseña con generosidad y no espera que uno le retribuya, pero lo que se le retribuye lo recibe con alegría

Luis Fernando Lara

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios



Ingresé a El Colegio de México en febrero de 1966 como estudiante en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios; en aquella época, ingresar era quizá menos complicado que ahora, pero, de todas maneras, para mí fue un premio y un honor que me hubieran admitido en el doctorado. El centro había nacido como Centro de Estudios Filológicos; siempre he dicho que es el único centro de El Colegio de México que nació en torno a una revista, la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, porque en el momento en el que Alfonso Reyes se dio cuenta de la persecución que se estaba produciendo en Argentina en contra de varios filólogos españoles y argentinos que formaban parte del Instituto de Lingüística de Buenos Aires, optó por invitarlos, a instancias de Pedro Henríquez Ureña; estos filólogos eran, sobre todo, españoles que habían llegado a la Argentina durante la Guerra Civil española para librarse del franquismo y que habían llevado la tradición de la *Revista de Filología Española*, que había quedado interrumpida. De modo que fundaron en Buenos Aires la *Revista de Filología Hispánica*.

Cuando llegaron Amado Alonso y Raimundo Lida a México invitados por Alfonso Reyes, entonces trajeron con ellos la revista, sólo que en El Colegio de México les pareció que era preferible que se nombrara *Nueva Revista de Filología Hispánica*; por eso la revista fue el núcleo de la creación, primero, del Centro de Estudios Filológicos y, después, con su nombre más remozado, del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios.

Entramos al doctorado 15 estudiantes que tomábamos los cursos tanto de literatura como de lingüística; el centro estaba dirigido por Antonio Alatorre y las otras dos cabezas eran Margit Frenk y Juan Miguel Lope Blanch. La exigencia era enorme, como siempre; teníamos que llevar todas las materias y, además, debíamos formar parte de uno de los dos seminarios colectivos: el Seminario de Dialectología y Geografía Lingüística, que dirigía Lope Blanch, y el Seminario de Lírica Popular, que dirigía Margit Frenk.

Puesto que mi inclinación ya era hacia la lingüística, entonces pasé a formar parte del Seminario de Dialectología y Geografía Lingüística, en aquella investigación tan importante que fue la que después dio lugar al *Atlas Lingüístico de México*. En esa época, los Alatorre invitaban a muchos profesores extranjeros para que nos dieran los cursos cada semestre; yo tuve profesores que son inolvidables, ante todo Eugenio Coseriu, que yo creo que es uno de los grandes clásicos del siglo xx, y después también al que se convirtió en —como dicen los alemanes— mi *doctor father*, Klaus Heger; a don Rafael Lapesa, que nos dio Historia de la lengua, y también a un hombre como Harri Meier, un famoso etimólogo de la Universidad de Bonn que nos introdujo muy bien a la lingüística románica, de

modo que tuvimos realmente muchos y muy buenos profesores.

El trabajo en el centro era, como digo, muy exigente; además, todos los estudiantes debíamos colaborar en la revista revisando galeras y también contribuyendo en las fichas bibliográficas que formaban parte y siguen formando parte de la bibliografía de la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Estoy convencido de que la revista se ha convertido en una de las grandes revistas internacionales sobre los temas de la literatura y la lingüística hispánicas.

El doctorado, como digo, fue exigente; aprendí muchísimo; además, en los sesenta la Ciudad de México era realmente una maravilla de movimiento intelectual; estaban actuando en México Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis, Tomás Segovia, José Luis Ibáñez, etcétera; veíamos muy buen cine europeo, comprábamos libros de gran calidad, por ejemplo, en la Librería Francesa, de modo que para mí fue muy formativo.

Terminé el doctorado a finales de 1968; obtuve una beca para irme a continuar mis estudios con Klaus Heger en Alemania; El Colegio de México me dio un complemento de beca para que pudiera vivir allá y volví en marzo de 1970, gracias a que Antonio Alatorre me abrió la puerta del centro.

En ese momento, en 1970, uno tenía toda la libertad del mundo; ese carácter generoso de El Colegio de México ha sido para mí una enseñanza determinante; recuerdo que, a la entrada de la biblioteca del edificio de Guanajuato 125, además del mascarón de don Alfonso Reyes, había una cita que decía: “Liberter impartio mea, non gravatim accipio meliora,” que quiere decir, más o menos, que El Colegio de México enseña con generosidad y no espera que necesariamente uno le retribuya, pero que lo que le retribuya lo va a recibir con alegría; ese apotegma para mí ha sido también determinante.

Al integrarme como investigador en El Colegio de México, tuve la oportunidad, primero, de continuar estudiando, porque realmente, a esas alturas, y sobre todo en la lingüística, uno tarda en alcanzar la madurez necesaria para poder hacer una investigación que valga la pena. Eso es algo que mucha gente no entiende: la lingüística requiere mucho tiempo

de reflexión, de acumulación de datos, para poder hacer un trabajo que valga la pena publicar. Tuve, entonces, esa oportunidad de, como investigador, seguir estudiando.

Además, el ambiente en el centro seguía siendo igualmente interesante; para ese momento, Tomás Segovia ya se había integrado al centro y organizó, junto con James Irby —un profesor de la Universidad de Princeton que llegó a El Colegio a dar un curso de literatura hispanoamericana—, un seminario sobre estructuralismo. El estructuralismo era la tendencia intelectual y, sobre todo, lingüística predominante en aquellas épocas; en Francia, un tanto pomposamente, habían declarado la lingüística estructural como ciencia piloto en las humanidades, de modo que estábamos en medio de esa manera de pensar y de esa inquietud. El seminario sobre estructuralismo nos reunió a varios alumnos; en particular recuerdo a mi amigo Giorgio Perissinotto, lamentablemente muerto ya hace cerca de un año; eso nos daba no solamente profundidad en el conocimiento de la lingüística, sino también en el conocimiento de la literatura y de la cultura en general; eso para mí ha sido inolvidable.

Después Tomás continuó, cuando El Colegio ya estaba en Camino al Ajusco, con lo que él llamaba su seminario de su ronco pecho, adonde íbamos varios de los investigadores, algunos estudiantes y también algunos jóvenes escritores, como Fabio Morábito, como Francisco Segovia, como Carmen Boullosa. Esa época también fue muy formativa y muy importante para mí.

Luego, también gracias a Antonio Alatorre, tuve la oportunidad de comenzar el trabajo para el *Diccionario del Español de México*, que es el que ha marcado absolutamente toda mi vida como investigador, de lo cual me siento muy orgulloso.

De la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, he de decir que cuando me aceptan un artículo siento que me hacen un gran honor.

Con estas impresiones de El Colegio de México en 1966 y de más tarde, me parece que puedo, por un lado, mostrar algo de lo que fue y, por el otro lado, seguir dándole las gracias por haber tenido el honor de formar parte del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. ❧

Medio siglo en El Colegio: de estudiante a investigador liberto

Gustavo Garza Villarreal

Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales



En 1967 terminé mi licenciatura en Economía en la Universidad Autónoma de Nuevo León y migré de Monterrey a la Ciudad de México para estudiar la maestría de Economía en El Colegio de México; en mis tiempos de estudiante, en los dos años que estuve de estudiante, no me imaginaba que al terminar mis estudios me iban a contratar de investigador y que 45 años después, en 2016, me iban a otorgar la distinción de ser profesor-investigador emérito de la institución.

Ya han transcurrido 50 años; de los 80 años que cumple El Colegio de México como institución, en 50 he tenido el privilegio de ser profesor-investigador de nuestra institución y voy a tratar de sintetizar en esta cápsula los logros que he tenido, en lo que considero que es la parte central de un investigador, la que queda cristalizada en los libros que escribimos; existen, obviamente, también la docencia, la dirección de tesis, la difusión de los conocimientos, conferencias, seminarios, mesas redondas, etcétera, pero lo que yo he privilegiado a través de mi carrera profesional ha sido escribir: creo que eso es lo que

quedará plasmado después de que uno termine de trabajar.

Estos 50 años los puedo dividir en cuatro periodos según la temática y las investigaciones que he realizado. El primer periodo sería el de los años setenta, de aprendizaje urbanográfico. Inicié mi carrera en el proyecto que se titulaba “El proceso de urbanización de México”, que el ingeniero Luis Unikel coordinaba; el resultado de este primer proyecto, en el cual trabajé durante cuatro años, fue el libro *El desarrollo urbano de México. Diagnóstico e implicaciones futuras*, al que se le concedió el primer lugar del Premio Nacional de Economía en 1974.

Posteriormente, en 1975, después de haber terminado el libro, se me concedió la planta en el entonces Centro de Estudios Económicos y Demográficos, y ahí empezó el momento de la verdad de uno como investigador: ¿qué capacidad se tiene para empezar a generar proyectos propios? Había empezado con un proyecto de otra persona, coordinado por otra persona.

El primer libro que trabajé ya como investigador, digamos, independiente fue con mi querida colega Martha Schteingart, connotada investigadora del actual Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, titulado *La acción habitacional del Estado en México*, que se publicó en 1978; en este libro se hizo un diagnóstico riguroso de las acciones de la producción y la distribución del equipamiento habitacional en México, con sus logros y dificultades que aún existían, principalmente en términos de déficit habitacional. Posteriormente, el primer libro que hice como autor único se publicó en 1980, *Industrialización de las principales ciudades de México*, donde hice un análisis de la dinámica y la estructura de la industrialización de las ciudades más grandes del país, las principales me-

trópolis, y se llegó a proponer al final, después del diagnóstico, la selección de tres zonas económicas especiales, que eran tres ciudades en las cuales debería centrarse la estrategia de descentralización industrial del país para contrarrestar la acelerada industrialización de la Ciudad de México. Se hizo el libro, incluso financiado por la Secretaría de Asentamientos Humanos y Obras Públicas de la época, pero nunca se intentó llegar a concretar o a discutir en profundidad la propuesta.

Diez años después me enteré de que el séptimo plan quinquenal de la República Popular China proponía tres zonas económicas especiales, pero ya como plan, y que las realizaron y han pasado ya 30, 40 años; 41 de esas zonas económicas especiales conforman Shenzhen, que está a una hora de Hong Kong; entre Shenzhen, Hong Kong y Guangzhou, que es la tercera ciudad de la bahía del río Pearl, ya tienen un producto interno bruto superior al de la República Mexicana. Aquí se ve la dificultad que ha tenido el Estado mexicano de captar los resultados de las investigaciones para implementarlos; es una cuestión que quizá ahora debería empezar a considerarse más seriamente.

En segundo lugar, pasamos a lo que llamo la década de los ochenta e inicio del método nomotético; en esta época se edita lo que fue mi tesis doctoral de economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, con el título *El proceso de industrialización en la Ciudad de México, 1821-1970*; en este libro se realiza un análisis del proceso de industrialización de prácticamente dos siglos de la Ciudad de México, pero centrándose en las causas que determinaban la alta concentración; en esta época, la Ciudad de México tenía 48% de la industria nacional, casi la mitad de la industria del país se concentraba en su ciudad capital, y había que explicar, dentro de la disciplina urbanográfica, cuál es la causa de ese proceso de superconcentración de la industria en el territorio nacional. Se sacaron algunas categorías históricas centradas en el análisis del monumental conjunto de obras de infraestructura que se congregaban en la Ciudad de México: el sistema de hidrocarburos que venía de las regiones petroleras, el sistema carretero, el sistema ferroviario, el sistema hidráulico, etcétera, de tal suerte

que se cuantificó el valor de todas éstas que, desde el punto de vista de la economía política, se conceptualizan como condiciones generales de la producción, que no es más que la infraestructura que acabo de mencionar y el equipamiento educativo, de salud, de cultura, etcétera.

En este libro, hablando de método nomotético, se considera que, si las ciencias sociales son realmente ciencias, deben tener la capacidad de llegar a determinantes o a leyes generales que expliquen el proceso de la realidad económica y social de las naciones; así se llegó a una serie de categorías y, por ejemplo, se encontró que la tasa de ganancia de las industrias asentadas o localizadas en la Ciudad de México era notablemente superior a la tasa de ganancia del resto del país, y de esa forma se explicaba el proceso.

En tercer lugar, los años noventa y hasta 2005, el retorno de la investigación funcionalista: dejé de ser nomotético y volví a la investigación más tradicional, que es la descripción de los procesos; no es peyorativo que se llame funcionalista, pero tiene sus peculiaridades en términos de la investigación, y uno como investigador debe tener cierta claridad en el método que esté usando en la investigación; hay varios métodos que pueden utilizarse.

En esta época de 15 años, en 1995 apareció, coordinado por mí, el *Atlas de Monterrey*, una obra enciclopédica sobre la ciudad, que uno de los especialistas en Monterrey, el cronista de la ciudad, Israel Cavazos, calificó como la obra más importante en la historia bibliográfica de Monterrey; se presentó aquí en El Colegio de México en ese año.

Posteriormente, en 1996 publiqué el libro *Cincuenta años de investigación urbana y regional en México, 1940-1991*, donde se hace una recopilación de toda la investigación realizada en estudios urbanos y regionales en México en las diferentes disciplinas: economía, sociología, geografía, ciencia política, etcétera, enfocados en las ciudades. Posteriormente, en 1998 se hizo la obra *La gestión municipal en el Área Metropolitana de Monterrey, 1989-1994*, y con esto creo que saldé una deuda con mi patria chica, con Monterrey, ciudad donde nació. Hay que reconocerlo: he escrito sobre el país y sobre mi ciudad adoptiva, la Ciudad de México,

en la cual he vivido los 50 años que he estado en El Colegio de México, más dos años como estudiante; los de Monterrey me dicen regio-chilango.

Después de estos libros, en el año 2000 se editó, bajo mi coordinación, *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, una obra muy comprehensiva que analizó la historia, la geografía, la demografía, la economía, el medio ambiente, la gestión pública y la planeación de la Ciudad de México, con alrededor de cien especialistas en todas estas disciplinas y que también constituye un trabajo enciclopédico sobre la naturaleza de la Ciudad de México como la principal ciudad del país y, actualmente, una de las cinco más grandes del mundo. Esta ciudad tiene una gran complejidad: tiene más población que 75% de los países del planeta, tomados, obviamente, en forma individual.

En 2003, el siguiente libro se llamó *La urbanización de México en el siglo xx*, una recopilación durante todo el siglo del proceso de urbanización de México, centrado en el análisis del sistema de ciudades, su dinámica y características. Y también se publicó en ese mismo año *Políticas urbanas en grandes metrópolis: Detroit, Monterrey y Toronto*, que hice con un colega estadounidense, la parte de Detroit, y con un colega canadiense, la parte de Toronto; yo hice los tres capítulos sobre Monterrey; con esto se terminó la parte del análisis funcionalista hasta 2005. Como se desprende de los títulos de los libros, se hace un análisis multidisciplinario de los problemas económicos, urbanos y geográficos de las ciudades en México y en especial de la Ciudad de México y de Monterrey.

Al cuarto periodo que estoy reseñando de mis trabajos de investigación lo llamo "Análisis de la dimensión espacial del sector terciario 2005-2020"; aquí ya llegamos a los 15 años últimos de mi carrera en El Colegio de México. En algunas estancias sabáticas en las universidades de Cambridge, de Texas y de California, empecé a leer, con cierta rigurosidad y sistematicidad, sobre lo que se llamaba la revolución terciaria. La revolución terciaria se originó a mediados del siglo pasado en Estados Unidos, cuando el sector terciario, compuesto por todas las actividades de comercio y de servicios, se hizo el hegemónico, o sea, superó al resto de

los sectores de la economía, es decir, empezó a ser mayor a 50%; en la actualidad, el sector terciario de Estados Unidos representa 82% de la economía, y en las ciudades principales, como Nueva York, es 95% de la economía.

Estos fenómenos del desarrollo económico basado en un sector que se consideraba no productivo, como es el sector terciario, y su impacto en las ciudades, en las grandes metrópolis, en las megalópolis de Tokio, Londres, Nueva York y actualmente en las chinas de Shanghai, se veía como algo muy importante y estaba totalmente desatendido, no había investigación de México al respecto, de tal suerte que empecé a sistematizar las lecturas sobre el sector terciario, que a veces se ve, desde el punto de vista de los economistas sectoriales, como un sector, pero los economistas urbanos tenemos que ver la dimensión espacial del sector terciario, es decir, cómo se distribuye en las ciudades y qué peculiaridades tiene su dinámica de crecimiento, su productividad, etcétera, no solamente dentro de los sistemas de ciudades, sino también en el interior de ellas; por ejemplo, en la Ciudad de México tenemos sector terciario en Santa Fe, en Polanco; casi no hay, más que informal, en Netzahualcóyotl o en el Valle de Chalco; hay una distribución también desigual dentro de las ciudades, pero también ha sido el motor de crecimiento en las principales urbes del mundo.

Entonces, dentro de esta problemática, me pareció a mí muy importante para México conocer en profundidad y plantear políticas de desarrollo urbano y de desarrollo económico combinadas; había que estudiar este sector con la mayor rigurosidad posible y yo lo hice durante 15 años.

El resultado de la primera etapa, que le llamé ca-leidoscopio de la distribución del sector servicios nacional 2005-2010, fueron cinco libros; durante estos cinco años escribí y coordiné *La organización espacial del sector servicios en México* (2006), *Evolución del sector servicios en ciudades y regiones de México* (2009), *Geografía del sector servicios en el norte de México, 1980-2003* (2010) y *Visión comprensiva de la distribución territorial del sector servicios en México* (2011), así como *Macroeconomía del sector servicios en la Ciudad de México, 1960-2003*

(2008), un libro únicamente de mi autoría; con estos cinco libros se logró tener un caleidoscopio o un rompecabezas completo de la República Mexicana en términos de sus ocho grandes regiones geoeconómicas, las 32 entidades federativas y 100 de sus principales ciudades: se tiene, con una metodología comparable, toda la información.

No lo he mencionado, pero los censos económicos se ajustaron con los valores de las cuentas nacionales para hacerlos comparables en el tiempo; las cuentas nacionales permiten la comparación en el tiempo y los censos económicos no, pero éstos tienen la espacialización de procesos, o sea, la distribución de ciudades, y adentro de las ciudades se hizo un trabajo estadístico muy complejo; al final, de la Ciudad de México eran como 160 mil cuadros, para verlo a nivel de áreas y estadísticas básicas de las ciudades. Se logró tener este caleidoscopio o rompecabezas completo de la evolución y de la estructura del sector terciario en toda la República Mexicana.

En segundo lugar, está *La conformación del sector terciario en la Ciudad de México*, que es la etapa actual, 2010-2020, que acabo de terminar. Después de tener el panorama general del país, buscamos profundizar en el caso de la Ciudad de México que, como sabemos, es la ciudad principal y tiene 38% de la producción terciaria del país.

Para culminar esta investigación de tres lustros sobre la espacialización del sector terciario, se propuso analizar en profundidad el caso de la Ciudad de México, no solamente analizarla en términos descriptivos, sino también en su interior, y captar lo que se llamaría los determinantes del proceso, es decir, no solamente analizarlos, sino también explicar cuáles son; en esa dirección, metodológicamente hablando, se trataba de también llegar a las categorías históricas que explican el proceso, lo que llamamos nosotros el método nomotético: llegar a leyes o categorías fundamentales que explican la realidad económica y espacial, en este caso.

Para llegar a los determinantes, tenía que cubrirse un objetivo que parecía imposible: cuantificar el valor de todas las obras de infraestructura de la zona metropolitana de la Ciudad de México en

dinero: ¿cuánto costó hacer la Ciudad de México?; la pregunta del seminario donde se presentaron las ponencias era: ¿cuánto vale la Ciudad de México?

Desde este punto de vista, se tuvo que hacer una trilogía: *Teoría de las condiciones y los servicios generales de la producción*, que se publicó en 2013; *Valor de los medios de producción socializados en la Ciudad de México* (2014), y *Valor de los medios de consumo colectivo en la Ciudad de México* (2015).

Estos medios de producción socializados son las grandes obras de infraestructura, por ejemplo: los sistemas energético, telemático, vial, eléctrico, y lo que se llama equipamiento; el equipamiento de salud, por ejemplo, es muy importante. ¿Cuánto valen todos los hospitales y clínicas de primer nivel y de segundo nivel de la Ciudad de México?, ¿cuánto valen todas las escuelas de la Ciudad de México, públicas y privadas, de todos los niveles, desde kínder hasta las universidades?, ¿cuánto valen todas las vialidades de la Ciudad de México, la vialidad primaria, la vialidad secundaria, etcétera?, ¿cuánto vale el sistema hidráulico de la Ciudad de México? y ¿cuánto cuesta eso? No se tenía conocimiento de ninguna ciudad del mundo que lo tuviera; en los libros se cita a algunos investigadores que dicen: no es posible hacerlo.

Entonces dije: pero lo que sí es posible es intentarlo, y entonces se hizo una serie de seminarios en los cuales, con alumnos de la maestría y del doctorado de El Colegio de México mismo y de otras instituciones, que estaban haciendo sus tesis doctorales, fue posible, en un tiempo relativamente corto, de tres años, hacer tres libros donde se contabilizó el valor de todos los renglones infraestructurales que hemos señalado y que se conoce en economía política urbana como condiciones generales de la producción.

Estas condiciones generales de la producción son imprescindibles para que se realice el proceso de producción privada; si no existen, no puede haber; hay 800 mil empresas en la Ciudad de México; si les quitamos el sistema eléctrico, el sistema hidráulico, el sistema telemático, no funcionan; por eso son condiciones generales para el proceso productivo y esto transforma las ciudades en fuerzas productivas. Lo que fue la tierra para las economías

agrícolas, la infraestructura urbana lo es para las economías no agrícolas: industriales, comerciales y de servicio. Entonces, se hicieron estos tres libros y se llegó al valor de las condiciones generales de la producción.

A partir de enero del 2016 me jubilé; habría que mencionar que, en 2000, El Colegio de México tuvo la visión de renovar la institución; la institución tiene que renovarse y para eso se requería, evidentemente, jubilar a los que ya somos veteranos, investigadores veteranos, y empezar a renovar con nuevos cuadros.

Un investigador no viene con su papelito: soy doctor y ya soy investigador; se necesitan 10 o 15 años para empezar a tener una obra de cierta significación. Entonces, El Colegio tuvo la visión de crear lo que llama el Programa de Estudios Interdisciplinarios, el PEI, que ahora es adonde pertenezco, aunque, como profesor emérito, sigo siendo del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.


Crear este programa, en el cual seguimos estando los investigadores jubilados que queremos, y convivimos, en cierta medida, con los jóvenes; algunos no se dejan, no quieren, quieren ser independientes, uno los respeta; yo tuve hijos adolescentes, entonces se entiende el problema.

Este programa me ha dado mucha libertad institucional; me clasifiqué como investigador liberto. En la Roma imperial, a los gladiadores que sobrevivían 10 años de batallas les daban la categoría de gladiadores libertos: los liberaban. Entonces digo: ¡ah, soy investigador liberto!

Entonces, hablando de Roma, dije: voy a tomarme una pausa, no tengo plazos para entregar los proyectos y voy a investigar en profundidad los orígenes de las condiciones generales de la producción, es decir, casi los de la ciudad misma, porque son las obras que constituyen la ciudad; entonces escribí un

libro que se llama *Evolución de las condiciones generales de la producción en la ciudad antigua* (*Çatalhöyük, Azoria y Roma*). Çatalhöyük fue una ciudad donde prácticamente no había nada de infraestructura; incluso, la vialidad era por los techos de las casas, no había nada. Azoria, en Grecia, empezó ya a tener la acrópolis, y a tener calles y murallas. Y Roma ya fue la gran culminación de la infraestructura, con acueductos, con el circo romano, con anfiteatros, con almacenes, edificios, de tal suerte que 60% de la ciudad de Roma era condiciones generales de la producción, o sea, infraestructura.

Ya para terminar, acabo de culminar un trabajo que se llama *Economía política de la estructuración espacial del comercio y los servicios en la Ciudad de México*, con el cual sería el décimo primer libro de estos 15 años de investigación y con lo cual culmino el proyecto, este largo proyecto sobre la espacialización del sector terciario en la Ciudad de México, y creo que se ha logrado, además de los libros, tener un conocimiento en profundidad internacionalmente singular de este complejo proceso.

Ahora, en 2020, El Colegio de México cumple sus 80 años. El país y el planeta Tierra están atravesando la atroz pandemia de la covid, que está trastocando verdaderamente las actividades económicas y sociales, y hasta psicológicas, de la población de todo el mundo. El reto que se exige es proponer nuevos paradigmas, nuevas investigaciones, nuevos enfoques cognoscitivos que permitan al país, a México, establecer políticas económicas y sociales que nos permitan contribuir, como institución de investigación, a trascender y a resolver la problemática que se nos presenta, para edificar un nuevo modelo de desarrollo económico, un nuevo modelo de país, que está en este gobierno que se propone una cuarta transformación, de tal forma que sea posible insertar exitosamente a México en las modernas sociedades del conocimiento del siglo XXI. 

El CEDUA, un ejemplo del proceso de diversificación de los temas de investigación y de las orientaciones teórico-metodológicas

Brígida García †

Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales



He tenido una larga trayectoria en El Colegio de México; entré a trabajar a principios de los años setenta en esta institución y me jubilé en 2018, de modo que he podido sostener durante más de 40 años un trabajo formal en El Colegio, con prestaciones, cuestión que, como estudiosa del trabajo, puedo decir que es muy poco frecuente hoy en día.

Cuando entré al centro que hoy se denomina de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, el foco de la atención era el crecimiento demográfico y mi encomienda principal era el análisis de la encuesta de fecundidad rural, que fue llevada a cabo de manera conjunta entre El Colegio y el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, bajo la dirección del maestro Raúl Benítez Zenteno.

Muy rápidamente la fecundidad descendió en México y en otros países menos desarrollados, y nuestro campo de estudio se fue diversificando, enriqueciendo, sin olvidar, por supuesto, poner el foco

de la atención sobre las cuestiones demográficas. Hoy estudiamos cuestiones en torno al trabajo y la migración, por ejemplo; también el envejecimiento demográfico y muchos otros temas. El campo se ha diversificado no sólo en cuestiones temáticas, sino también en orientaciones teórico-metodológicas y técnicas, e igualmente se ha consolidado como un campo interdisciplinario, con aportaciones de la sociología y la economía, y más recientemente con cuestiones antropológicas.

Por ejemplo, es muy frecuente, hoy en día, que los estudios sociodemográficos hagan hincapié en todo lo que tiene que ver con nuestra desigualdad social y de género, y no sólo estas orientaciones, por supuesto: también otras, pero éstas son las más importantes.

Durante estos 40 años, El Colegio se ha transformado sustancialmente en todo lo que respecta a la participación de estudiantes, de profesores, a la creación de sindicatos y otras áreas semejantes. En cada centro ahora tenemos una comisión evaluadora de los investigadores, tenemos una comisión dictaminadora central, el Consejo Consultivo y lugares en la Junta de Gobierno.

Tuve la oportunidad de pertenecer a esa Junta de Gobierno hace unos pocos años y desde ahí tuve la oportunidad de observar mucho más de cerca el funcionamiento de El Colegio.

Espero haber despertado la inquietud por conocer un poco más sobre los estudios demográficos y de aspectos relacionados, así como acerca de las múltiples transformaciones que han tenido lugar en nuestra institución.

“En El Colegio, investigamos para que se desarrolle el pensamiento”

Aurelio González

Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios



Eran los últimos años de la década de 1970 y yo venía a El Colegio porque ya había estado trabajando en la UNAM con Mercedes Díaz Roig en el ámbito del romancero; preparábamos el romancero tradicional de México, un proyecto de la UNAM que terminamos y se publicó. Y Mercedes Díaz Roig, querida maestra, me dijo que ella pensaba que yo era un candidato idóneo para hacer el doctorado en El Colegio de México; fue una idea —yo ya era profesor en la UNAM— y muy pronto pensé que sí.

Lo que me interesaba era el proyecto de investigación y de docencia que representaba El Colegio de México, y así, muy pronto, en 1980, solicité entrar al doctorado y entré. Y lo que pasa con estas cosas. Yo ya llevaba varios años de profesor en la UNAM y tenía menos de 15 días de haber venido a El Colegio, y recuerdo a un colega de la UNAM que me dice: ¿Ustedes, los de El Colegio, qué piensan? Y eso creo que es algo muy claro de El Colegio, 15 días me marcaban como de El Colegio, en comparación con los años que llevaba en la UNAM. Eso creo que es un poco lo que es El Colegio. Es una institución que nos marca, que crea un modelo de

trabajo, de investigación, de docencia, y una relación con el ámbito cultural.

Así que en los años 1980-1981 entré al Doctorado en Literatura Hispánica en El Colegio de México y aquí encontré el ámbito propicio para lo que me interesaba. Me he dedicado a la literatura tradicional, al romancero, al corrido, a la lírica, a la Edad Media y a la literatura de los Siglos de Oro, y la trayectoria del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (CELL) va mucho en esta línea. No quiero decir que no tenga otras líneas, como la literatura hispanoamericana contemporánea o la mexicana, pero la literatura de tradición oral siempre ha sido un foco en el CELL, con grandes maestros: Margit Frenk, Antonio Alatorre...

Aquí fue donde estuve formándome, haciendo lo que me interesaba, y muy pronto tuve la fortuna de —terminado el doctorado— ingresar como profesor-investigador en El Colegio de México en alguno de los proyectos.


Poco a poco fui haciendo carrera, picando piedra y comprometiéndome aún más con la institución, porque si bien, como dije hace un momento, El Colegio marca a los que estamos dentro, también favorece el que se cree algo que sería un espíritu de cuerpo, lo que diríamos, en otros ámbitos, “la camiseta”. Entonces, sin darme cuenta, poco a poco, de haber sido un visitante para trabajar con la maestra, pasé a ser un estudiante del doctorado y después profesor-investigador.

Recuerdo que en aquel tiempo los estudiantes nos podíamos estacionar aquí y de repente se acabó aquello; entonces fuimos a hablar con el secretario, el profesor Palma, quien, con su gentileza habitual y amabilidad, nos dijo: “Ustedes, los estudiantes, son aves de paso”. Pero he aquí que yo me quedé, me quedé después como profesor-investigador y

creo que uno en esta institución se desarrolla no sólo en el aspecto de la formación de investigador o de la profesión docente; también en lo que es la gestión, y en ese sentido El Colegio también es formativo.

Yo he sido coordinador, director, secretario del sindicato; o sea, hay un compromiso con la institución que va más allá de lo que puede ser el ámbito de donde uno llega, hace su brillante investigación y se va; no, El Colegio nos crea un compromiso con lo que somos; y otra cosa que enseña El Colegio es que la investigación es una actividad de servicio: investigamos como servicio a los demás.

Muchas veces se piensa que servicio a los demás se hace en áreas tecnológicas o el de los médicos. No, en las humanidades también se presta un servicio porque nosotros enseñamos a pensar, investigamos para que se desarrolle el pensamiento y eso es lo que yo he hecho en El Colegio de México.

He llegado no al final de mi trayectoria, porque sigo trabajando, pero, digamos, lo que es el recorrido habitual lo he completado y sigo estando en El Colegio de México. ¿Por qué? Porque, al final de cuentas, los que nos hemos formado aquí, los que hemos trabajado aquí, podemos decir, en buena lid, que esto es nuestra casa. 

“El Colegio, un espacio de reflexión en donde hemos aprendido a pensar, a argumentar en libertad y a mirar la realidad con mucha seriedad”

Soledad Loeza

Centro de Estudios Internacionales



El Colegio de México ha jugado papeles muy distintos en la historia de México; no nada más ha sido una institución de referencia fundamental, que tiene el orgullo de haber nacido como parte de una defensa de la libertad intelectual y de la libertad académica, sino que es una institución que también ha contribuido al desarrollo del país, no únicamente a través de la formación de sus investigadores y de sus especialistas, y de muchos funcionarios públicos, incluso de muchos políticos; es una institución que ha contribuido a la discusión y al debate público.

Yo llegué a El Colegio después de 1968; ese año, El Colegio no había participado muy intensamente en el movimiento estudiantil. Fue atacado una noche, una madrugada hubo un ataque a balazos, una balacera en contra de El Colegio, que nunca se supo si había sido una advertencia o una provocación; lo que sí es cierto es que lo que se puso en tela de juicio fue el papel de El Colegio en la vida pública mexicana.

De 1968 en adelante, hubo un involucramiento cada vez mayor de los investigadores, mucho más

que de la institución en sí misma, en esa vida pública, y participamos, en alguna medida yo, pero sobre todo y más otros de mis colegas y de mis profesores, en la discusión a propósito de la transición democrática y del cambio político; y, en ese sentido, El Colegio también ha jugado un papel importante, aun cuando no lo ha hecho como institución; es decir, cada uno de aquellos que han participado en estos asuntos públicos lo ha hecho de manera individual y esto me parece a mí que es muy rescatable y muy admirable, porque se ha tenido la posibilidad de canalizar lo que es el pluralismo político de la sociedad mexicana, y eso es muy importante y nos hace, hace al país en cierta forma, un ejemplo y nos permite construir una historia distintiva.

El Colegio nunca como institución se ha inscrito en ninguna escuela de pensamiento; tampoco se afilia a una ideología en particular, sino que cada uno de nosotros piensa con entera libertad, dice con entera libertad y escribe con entera libertad lo que quiere hacer, lo que quiere decir, lo que piensa, y me parece que ésa es una de las enormes virtudes de El Colegio: la libertad intelectual que ha disfrutado y que ha sido modelo para otras instituciones.

Un tema recurrente relacionado con este involucramiento en la vida pública es el de la relación entre el poder y el conocimiento, y nos ha llevado a nosotros, como investigadores, como miembros de la comunidad de El Colegio de México, a muchas discusiones, a muchos debates, algunos de ellos intensos, incluso muy acalorados, pero siempre muy respetuosos; es decir, como investigador, si uno quiere mantener la autonomía y esa libertad tan preciada para cada uno de nosotros, ¿cuán lejos puede llegar en sus relaciones con el poder?, ¿cuán lejos puede un investigador comprometerse con el

proyecto de un partido, con el proyecto de un político, sin que pierda su independencia, su capacidad de crítica autónoma y su compromiso con las mejores causas de México?

Es un tema que no tiene una respuesta inmediata, desde luego que no, y tampoco tiene una respuesta definitiva. Muchos de nosotros nos hemos abstenido de participar de manera muy abierta en esa vida pública; en ocasiones, lo hemos hecho porque hemos sentido la necesidad de hacerlo, pero, en términos generales, cada quien ha decidido de manera individual hasta dónde quiere llegar y cada quien sabe qué representa ese compromiso en términos de su profesión, de su trabajo profesional.

Es una preocupación entre muchos de mis colegas el hecho de que, al involucrarse, al participar en la vida pública, pierdan la autonomía, la imparcialidad que se espera de nosotros, pero también hay que decir que hay una ética de la responsabilidad que tenemos que asumir los investigadores y los académicos porque no necesariamente somos políticos ni queremos serlo, no necesariamente tenemos unas causas políticas inmediatas; quizá tenemos causas políticas abstractas; me choca un poco decir que son causas universales, pero hablamos en términos de proyectos de más largo plazo que lo que lo puede ser el inmediatez que puede significar un partido político en el poder o un gobierno determinado.

Yo he visto como muchos de mis colegas han cedido a esa tentación y después creo que la mayor parte de ellos se arrepienten y regresan a la academia, que es un medio mucho más protegido, debo admitir. Quizá los que no nos involucramos de manera tan intensa ni tan determinada en esa vida pública no lo hacemos precisamente porque no queremos estar tan a la intemperie, como quedamos si pasamos a ese medio. Pero a mí me parece que El Colegio ha jugado ese papel y ha ayudado a determinar, a definir el perfil que puede tener un académico que participa en la vida pública, que tiene posiciones críticas y que no necesariamente está comprometido con el poder y que, por consiguiente, no necesariamente ha cedido a la concupiscencia del poder.

¿Qué es lo que les gusta a los académicos?, ¿por qué quieren participar? No creo que sea una cuestión de dinero, no creo que les interese ganar más ni vivir mejor; lo que importa a un académico —que es, además, me parece a mí, una expresión, una manifestación de una soberbia infinita—, lo que le gusta al académico es influir: la influencia le interesa mucho más que el dinero: tener la posibilidad de modificarle el cerebro, las ideas, al poderoso es realmente un poder en sí mismo enorme y eso es lo que ha resultado más tentador para los académicos y para los investigadores de El Colegio de México.

Algunos de ellos jugaron un papel muy importante en las discusiones a propósito de la reforma política durante mucho tiempo; mi profesor Rafael Segovia lo hizo desde luego; fue un hombre que era escuchado con mucha atención por parte de partidos políticos y de políticos y de funcionarios, pero no es el único. En términos de política exterior, por ejemplo, el Centro de Estudios Internacionales ha tenido un papel muy importante en el diseño de esa política exterior y en la formación de muchos funcionarios. Y esto no es una traición a la institución ni a su vocación: el Centro de Estudios Internacionales fue creado por decreto presidencial, firmado por el presidente Adolfo López Mateos, para formar funcionarios para el servicio público y lo ha hecho, y muy bien; estamos muy orgullosos de los egresados que están en la función pública y que participan en el servicio exterior o en otras ramas del gobierno federal y de gobiernos locales y estatales.

Y en ese sentido, El Colegio ha tenido un papel importante y ha cumplido con responsabilidad con una función que existe en todas partes del mundo; en todas partes del mundo hay escuelas de cuadros y El Colegio lo ha hecho también, no solamente el Centro de Estudios Internacionales; por la naturaleza de sus estudios, de los trabajos de análisis político y de análisis de política internacional, es más obvio que sea el Centro de Estudios Internacionales, pero otros centros, el de Estudios Sociológicos, el de Estudios Históricos incluso, el de Estudios Económicos, también han desempeñado un papel muy importante en la vida pública mexicana.

Ahora bien, ¿cuánto compromete a la institución la postura de cada uno de sus investigadores? Ésa es una gran pregunta para la que yo no tengo ninguna respuesta; si bien todos portamos la etiqueta de El Colegio de México, eso no quiere decir que El Colegio tenga una sola posición. Muchas veces nos preguntan: ¿qué piensa El Colegio de México? Bueno, en El Colegio somos 180 personas por lo menos, sin contar a los estudiantes; podemos contarlos y entonces sí el número crece de manera muy importante. Pero El Colegio de México no piensa; El Colegio de México acoge, estimula, en todo caso, el pensamiento, pero el edificio desde luego no piensa nada; más un edificio masivo como el que tenemos; poca agilidad tiene de pensamiento.

Yo diría que ha sido un espacio de reflexión en donde hemos aprendido a pensar, hemos aprendido a argumentar en libertad y hemos aprendido a mirar la realidad política, sociológica, económica del país con mucha seriedad y con el compromiso de que las cosas sean mejor, y prefiero plantearlo en esos términos que en términos de un determinado partido, porque no es cierto que El Colegio de México forme parte de un determinado partido. Cuando así ha sido, se ha cometido un grave error porque se ha negado la pluralidad, que es la riqueza de la institución, y si queremos seguir trabajando por México y aportando a México ideas, conocimiento, me parece muy importante que conservemos, que preservemos y que protejamos esa pluralidad y esa libertad, que es un tesoro que no necesariamente han podido guardar otras sociedades ni otras instituciones.

Ha habido otras instituciones en México que, siendo muy importantes y muy grandes, se han visto sometidas a un pensamiento único, y el costo que han pagado ha sido altísimo, no nada más esas instituciones, sino quienes estudiaban en ellas o quienes enseñaban en ellas; ese costo es, en el fondo, la ignorancia y la falta de reflexión, y son las respuestas viscerales y la pasión que sustituye a la reflexión, y eso le cuesta al país, no nada más a la institución.

En ese sentido, El Colegio de México es una institución que nos ha dado un espacio, que nos ha enseñado muchas cosas, pero, sobre todo, que nos ha permitido desarrollarnos de manera libre y cumplir

con una función o con funciones que son muy importantes, como es, en primer lugar, la formación de estudiantes que luego van a ser investigadores ellos mismos o funcionarios públicos o políticos.


Y también El Colegio enseña y permite desarrollar una ética de la responsabilidad, que es aquella de la que hablaba Max Weber. No en balde, cuando entré a El Colegio de México, una de mis primeras lecturas que me dieron, fue precisamente Rafael Segovia quien me la dio, fue *El político y el científico*, que es justamente la distinción entre el conocimiento y la función pública.

No únicamente Segovia; Mario Ojeda también jugó de manera muy importante su papel en el desarrollo de los estudios sobre migración de mexicanos hasta Estados Unidos, sobre migración en Centroamérica y de centroamericanos a México, y fueron abriendo brecha, identificando cuáles son los temas importantes para el país, dónde hay que tomar decisiones que pueden tener consecuencias de largo plazo que nos comprometan en una determinada dirección, que tengan consecuencias predecibles o impredecibles que ojalá y no sean tan costosas; y entre los colegas, desde luego está Bernardo Sepúlveda, Olga Pellicer; les llamo colegas cuando fueron mis maestros, pero ellos me ayudaron a formarme y me siento muy orgullosa de poder llamarles colegas; y también nombraría a Luis Medina, que jugó un papel importante en la educación pública mexicana y en la reforma política. En fin, es una lista muy larga de personas que han cumplido un papel importante en México y que han ayudado al desarrollo de este país.

No creo que México sea un fracaso; no creo que México sea un país tan absolutamente desastroso como estamos tendiendo a pensar en estos momentos; estamos pasando por una mala racha, sí, pero a todos los países les pasa y a todas las sociedades les ocurre, y México, a pesar de la mala racha, sigue siendo un gran país, comprometido con esa grandeza de la que hoy no hablamos; hoy nada más hablamos de sus pequeñeces y de sus ruindades.

Me parece que El Colegio es un espacio que nos permite mirar el futuro con un poco más de optimismo del que nos permite la realidad inmedia-

ta que estamos viviendo hoy, en el último día del mes de julio del año 2020. El Colegio es producto de uno de los mejores momentos de la historia de México en el siglo xx y está marcado por ese origen que lo relaciona con un momento de éxito, de crecimiento económico, en el que creíamos realmente que íbamos a pasar al mundo desarrollado. No ha ocurrido, pero eso no quiere decir que no hayamos avanzado desde 1960, y El Colegio debe

verse como una institución que es un indicador, un indicativo de los cambios que ha experimentado el país, de los cambios positivos que ha experimentado el país en ese tiempo, que son muchos y que hay que reconocer, valorar y aquilatar para reconocer nuestro propio valor. El Colegio debe ser visto como producto de los cambios que también hemos experimentado los mexicanos, tratando de que las cosas sean mejor. 

Pensar más sobre los retos de la educación para los profesores y alumnos en este muy complejo siglo XXI

Carlos Marichal

Centro de Estudios Históricos



Nos han pedido que hablemos de la experiencia propia y de la trayectoria en El Colegio de México, en mi caso concretamente en el Centro de Estudios Históricos. Les voy a hacer un pequeño recuento autobiográfico para entrar directamente en la materia.

Cuando terminé el doctorado en Historia en Estados Unidos —había recibido una beca para ir a estudiar allá y entregué la tesis—, tuve que plantearme qué hacer como joven profesor universitario; había estado en España y en Argentina entre 1973 y 1978, y allí no había oferta de trabajo decente, y tampoco en Estados Unidos. Entonces estaba como cualquier joven doctor viendo qué podía hacer; tenía ya esposa y una hijita de un año y medio, cuando me llegó una carta del doctor Luis Villoro, entonces decano de ciencias sociales en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) Iztapalapa, y esa carta de invitación me dijo que me debía presentar a un concurso, lo cual hice y me vine para México a probar suerte.

Estuve en la UAM diez años y fue una experiencia muy rica, profesional y humanamente, pero cuando recibí la invitación en enero de 1989 para incorporarme al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, acepté con gusto. Lo hice sobre todo porque la nueva directora del centro, la doctora Alicia Hernández, me indicó que deseaba poner en marcha un programa de Historia más orientado a Latinoamérica, que era mi especialidad; al mismo tiempo entraron al centro Manuel Miño y Solange Alberro, y luego Marcello Carmagnani, con lo que se fortalecía realmente el área de historia colonial y moderna de América Latina. Todos nosotros y todos los profesores del centro apoyamos en la tarea de buscar becas para un número mayor de alumnos del extranjero, especialmente latinoamericanos y caribeños, y creo que por eso el centro se volvió cada vez más interesante en cuanto al grupo de gente que estaba, tanto alumnos como profesores, porque invitamos también a profesores numerosos a venir a dar clases.

Esto de invitar es claramente una tradición de El Colegio de México y sirve de punto de encuentro, de profesionalización de estudiantes de México y de muchos países, y también para que los profesores entren en un diálogo con un grupo muy cosmopolita de alumnos. Creo que yo lo encontraba, y todos los demás hemos encontrado, que es extraordinariamente rico; hay conversaciones internacionales en cada seminario, en cada clase y esto se presta a abrir la curiosidad y a poder hacer debates de mucho interés.

Han venido a El Colegio, al Centro de Estudios Históricos, sobre todo latinoamericanos y caribeños, pero también italianos y españoles, alguna alumna de Francia, y estos alumnos estudian y

siguen los cursos; a los profesores nos gusta mucho el intercambio y después de graduarse van a buscar trabajo, y a mí me da mucho gusto que muchos de los egresados del centro y de alumnos míos sean hoy destacados profesores de historia en universidades alrededor del mundo y, por supuesto y sobre todo, en México, en donde se concentran tanto en universidades de la capital como en universidades estatales, como en los colegios: El Colegio de Michoacán, El Colegio de la Frontera Norte, etcétera.

Ahora quisiera pasar a comentar las principales líneas de trabajo en las que he incursionado mientras he estado en El Colegio de México en los últimos 30 años; una es la Historia económica, en la que he dado muchos cursos. Comencé especializándome en el siglo XIX y en algo del XX, en historia de la deuda externa de América Latina, y creo que por eso tengo cierta trayectoria que hace que la gente conozca el tipo de trabajo que he hecho, pero mis alumnos, los que tenía yo en El Colegio desde el primer momento, me llevaron a interesarme también en otro tema que no se me había ocurrido, que era la historia colonial, la historia colonial fiscal y financiera, y encontré que en la Colonia había también un tema de deuda, no de deuda externa, sino de deuda que tenía que ver con la Corona española, que pedía préstamos a México, al Virreinato, para financiar sus guerras.

Eso me llevó a trabajar en este tema porque encontré fuentes muy ricas en el Archivo General de la Nación, que sin duda es una cantera fantástica de documentos para cualquier historiador, y pude hacer ese libro de la bancarrota del Virreinato que, más allá de lo que comenta sobre el tema del Virreinato, trata de situarlo en el contexto internacional, en el contexto de las guerras entre Gran Bretaña, Francia y España, y enfatiza el papel de la plata mexicana en esas guerras, que marcaron el fin del antiguo régimen, no sólo en México, sino en todo el mundo atlántico.

Esto fue muy rico para mí, pero fue consecuencia de los alumnos con los que había trabajado, con Guillermina del Valle, Luis Jáuregui, Anthony Ibarra, Matilde Souto y muchos otros. Todos me impulsaron a ir en esa dirección y a meterme en un

campo que era nuevo para mí y que me dio pie también a dar cursos sobre historia colonial.

También me atrajo mucho el siglo XIX mexicano y he trabajado mucho en este campo en colaboración con decenas de colegas; estas colaboraciones nos impulsaron a mí y a mi colega de la UNAM, Leonor Ludlow, a plantear la posibilidad de crear la Asociación Mexicana de Historia Económica hace 20 años, y esto lo hicimos entre El Colegio y la UNAM, el Instituto Mora, el CIDE y la UAM; era un proyecto interinstitucional y creo que cada día es más importante hacer este tipo de trabajos tanto en proyectos de investigación como en asociaciones.

Yo he dedicado mucho tiempo a promover los trabajos en redes y especialmente en las asociaciones; ha sido un éxito la Asociación Mexicana de Historia Económica; ha logrado desarrollar muchos congresos y muchas jornadas. Empezamos en el 2001; invitamos a profesores, expertos y doctorandos de muchos países del mundo; han ido acumulándose y después pasamos a otra etapa. Una vez establecidos los lazos con otros países y con otros grupos de trabajo, promovimos los congresos latinoamericanos de Historia económica, que comenzaron en el 2007 en Montevideo y siguieron en México en el 2010. Fue un gran congreso, con 350 personas, y vinculamos a éstos, los historiadores económicos de América Latina, con la asociación internacional, en la que muchos de nosotros hemos ido participando.

Así es que la Historia económica ha logrado tener una asociación muy rica en México, otras asociaciones en América Latina, una organización internacional cada vez más amplia y cosmopolita; hemos hecho congresos en los que hemos participado muchos colegas. Eso viene del trabajo en El Colegio y con las otras instituciones que he mencionado, participando en los congresos latinoamericanos de Bariloche, de São Paulo, de Santiago de Chile, aparte de los que ya mencioné de Montevideo y de México. El campo se ha vuelto muy internacional, al igual que lo han sido los seminarios en El Colegio de México con alumnos de muchos países.

No me dediqué solamente a Historia económica; otro campo que me atrajo en el Centro de Estudios Históricos fue la historia intelectual de América

Latina; no era el campo de mi especialidad, pero al ofrecer el curso que tuve que dar en el Centro de Estudios Históricos, por iniciativa mía, pero también porque los alumnos demostraron interés, tuve tal respuesta de los alumnos que decidí seguir con esto en el mediano plazo, y con el apoyo de exalumnos, como Alejandra Pita y Aimer Granados, creamos el Seminario de Historia Intelectual. Alejandra y yo lo llevamos durante mucho tiempo, hicimos una página web, hacemos muchas reuniones, ahora las usamos más en digital, en interactivos con Colombia, con Argentina; estamos pasando un poco, como es ahora la tendencia, a hacer más reuniones en línea porque creemos que es una manera de poder convocar a más gente; es un formato muy interesante y estamos experimentando con eso.

Hemos organizado, por otra parte, congresos latinoamericanos de historia intelectual en El Colegio de México y eventos muy numerosos que demuestran que vale la pena impulsar el campo.

Por último, quiero decirles que por razones de invitaciones del Centro de Estudios Internacionales y del Centro de Estudios Económicos, también me fui hacia otra dirección; he dado clases de licenciatura en el CEI y en el CEE, y eso me abrió perspectivas.

El Colegio tiene una gran virtud: la de ser un centro interdisciplinario, y cuando los profesores pueden dar clases en otros centros, eso les enriquece a ellos, no sólo a los alumnos; es el profesor o la profesora quien gana porque conoce otros medios, otros enfoques y perspectivas, y trata de combinar y de hacer estudios interdisciplinarios.

En mi caso, di cursos de Historia de las relaciones internacionales y de Historia global; este último tema me ha atraído mucho en los últimos años; los responsables han sido el Centro de Estudios Internacionales y el de Estudios Económicos que me llevaron en esa dirección, y los jóvenes alumnos, a los que les interesaba una perspectiva más amplia.


Entonces me dediqué a hacer trabajos de historia global; hice una nueva historia de las crisis financieras desde 1873 hasta 2008, una perspectiva global, un libro publicado por Debate, que trata de sintetizar la literatura internacional sobre el tema, que está mucho en inglés, algo en francés, etcétera, pero lo

trato de poner para un público en lengua española, para que conozcan los grandes mojonos de la historia financiera mundial.

Actualmente, estoy haciendo otro trabajo en esa línea, que es, en nuestra colección de “Historias mínimas”, una historia mínima de la globalización moderna desde 1850 hasta la actualidad; es un trabajo ambicioso, pero lo estoy tratando de hacer de manera didáctica, sintética, y sigue a otra obra que ha hecho un colega del Centro de Estudios Históricos, Bernd Hausberger, que se llama *Historia mínima de la globalización temprana*; ésa ya está en circulación y se lee mucho; estamos tratando de colaborar con la colección de “Historias mínimas” para que sea cada vez más amplia.

He encontrado que pensar y escribir obras generales presenta retos igualmente importantes que los monográficos; los profesores de El Colegio de México hacen muchos trabajos puntuales, pero también han entrado cada vez más y a lo largo del tiempo en trabajos más amplios, la *Historia mínima de México*, la *Historia general de México*, en el caso del Centro de Estudios Históricos, y en el caso de los otros centros, también hay trabajos, como las historias mínimas de China, de la India, etcétera.

Al hacerlo, encuentro que tenemos que pensar más sobre los retos de la educación para los profesores y alumnos no de El Colegio: de todo México y, si se puede, ver más allá, en países de lengua española: América Latina, etcétera; y para eso es muy útil el tema de la educación digital, éste es un reto y un deber que debemos impulsar en El Colegio de México: llegar a los alumnos y profesores en otras instituciones.

Precisamente por eso me ha entusiasmado trabajar estos últimos cuatro años con dos áreas en particular que son puntos de apoyo y difusión para todos los profesores del Centro de Estudios Históricos y de El Colegio de México, que son la biblioteca y su programa de Humanidades digitales, y la Coordinación de Educación Digital; creo que en ambos casos nos están ayudando a la comunidad de El Colegio de México, de manera novedosa y muy contemporánea, a enfrentar los retos en este muy complejo siglo XXI. 

“Nos hemos esforzado en El Colegio de México por enseñar a los estudiantes a pensar críticamente”

Viviane Brachet-Márquez
Centro de Estudios Sociológicos



Agradezco la oportunidad de contar mi experiencia en El Colegio de México, donde he sido profesora-investigadora desde septiembre de 1974, cuando las oficinas principales se encontraban en la calle de Guanajuato.

Cuando me incorporé al Centro de Estudios Sociológicos como joven doctorada de la Universidad de Wisconsin, pensaba que mi papel principal en El Colegio de México sería hacer investigación y que la docencia sería un aspecto relativamente menor de los esfuerzos que tendría que hacer para publicar en un idioma que todavía no era completamente mío; sin embargo, hoy, 46 años más tarde, creo que el aspecto más importante de mi trabajo ha sido la relación con los estudiantes que ha posibilitado el Colmex, y que los mismos estudiantes y profesores fuimos construyendo y transformando a lo largo de los años.

De esto quisiera hablarles hoy como algo único en esta institución. En comparación con otras instituciones, nuestros estudiantes son privilegiados, pero, más allá de las condiciones económicas

(bastante buenas, por cierto) que les permiten estudiar de tiempo completo, el Colmex les ofrece condiciones muy favorables gracias a la fórmula de formación académica que se adapta a las fuerzas y flaquezas iniciales muy variadas con las que los estudiantes de todos los países de América Latina ingresan al programa de Doctorado en Ciencias Sociales con énfasis en Sociología.

El pilar principal de esta formación, que creo que es generalizado en la institución, es un sistema de docencia muy personalizado porque, por un lado, las clases, que se imparten a 5, máximo 15, estudiantes, permiten una forma muy interactiva de docencia que ofrece a los alumnos amplias posibilidades de reflexionar y de expresarse tanto verbalmente como por escrito, que es mucho más difícil, y también nos ofrece a nosotros, los profesores, la oportunidad de entender mejor las fuerzas y las debilidades de estos estudiantes.

Para los profesores, el reto ha sido impartir clases que no sean simples bibliografías explicadas sobre temas específicos; estas clases, aunque hablen de obras de sociología establecidas, tienen que permitir que el estudiante construya instrumentos teóricos y metodológicos que le sirvan para observar la realidad latinoamericana, que es la que está siendo su objeto de estudio principal. Sin embargo, para presentar un panorama completo de las problemáticas estudiadas, debíamos incluir en los programas obras que hablaran de fenómenos y principios de organización social, que implícitamente se refieren a ambientes sociales y políticos muy distintos de los vividos en nuestros países.

En la época en la que entré al Colmex, la teoría funcionalista, particularmente la propuesta por Talcott Parsons, era una lectura obligatoria; dicha

teoría atribuye un valor sistemáticamente funcional a las estructuras sociales establecidas que eran consideradas *a priori* como estables, o sea, intangibles. Dado el contexto social implícito de esta teoría en los Estados Unidos de los años cincuenta, me importaba presentarlo en forma crítica.

En el caso de Parsons, no era difícil porque en la Universidad de Wisconsin, que era, en conjunto con Berkeley, la más radical en los Estados Unidos de los años sesenta, criticar a Talcott Parsons era algo que hacíamos todos los días en las clases y en la cafetería, pero también criticábamos diariamente a Karl Marx y a Max Weber, grandes padres de la sociología contemporánea, y esto resultó más difícil con los estudiantes latinoamericanos de los años setenta en el Colmex, algunos de los cuales consideraban estos textos como prácticamente sagrados.

Pensar críticamente, sin embargo, no es lo mismo que lo que se entiende en el lenguaje de todos los días por criticar: es examinar una obra con ojos frescos para adquirir la capacidad de debatir interna o colectivamente en un entorno académico como el de El Colegio de México sobre su relevancia para las sociedades contemporáneas latinoamericanas, y debemos enseñar a nuestros estudiantes a comparar las obras estudiadas con otras anteriores o posteriores, a fin de medir el cambio en las formas de pensar e investigar, y proponer cómo podemos hoy en día cambiar la manera de pensar la sociedad, pero aprovechando estas obras del pasado para crear algo nuevo, es decir, algo que no se ha hecho antes.

Lo principal en nuestra enseñanza, por lo tanto, no es acumular información en forma enciclopédica, sino formar las mentes de los estudiantes para que al final puedan pensar por sí mismos.

Esta discusión estaba de moda ya en el siglo XVI, cuando el filósofo Montaigne y el escritor Rabelais debatían acerca de qué debía aportar la educación; mientras Rabelais opinaba que los jóvenes debían aprender todo lo que se conocía en su tiempo, Montaigne le contestó lo siguiente: "Más vale una cabeza bien hecha que una cabeza bien llena". Ellos nunca se pusieron de acuerdo, pero creo que, en mi experiencia en El Colegio de México, nos hemos esforzado por formar cabezas.

Para lograrlo, sin embargo, las clases no eran suficientes, por personalizadas que fueran; en complemento de las horas de docencia, nuestros estudiantes tuvieron durante muchos años tutorías semanales o conversaciones de uno a uno con el profesor o con la profesora que los o las dirigía para revisar su trabajo de tesis y su forma de asimilar las clases, así como para ayudarlos a definir sus intereses particulares en temas de tesis de doctorado.

De esta manera, estudiar Sociología era un aprendizaje de agilidad mental y de expresión escrita bien articulada que se adquiría a través de la relación entre el estudiante y el profesor; posteriormente, esta fórmula fue reemplazada por seminarios de investigación en los que los estudiantes dialogan entre sí y con los profesores, aunque yo seguí utilizando las tutorías de manera informal con mis estudiantes, y sin duda otros profesores también lo hicieron; estas sesiones eran particularmente útiles para los estudiantes que venían de fuera de México y que a menudo tenían algunas dificultades, no sólo intelectuales, sino de adaptación cultural.


Ahora bien, ¿cómo podemos trascender el problema del sesgo histórico-cultural en las obras estudiadas? Yo estuve involucrada en enseñar la teoría sociológica contemporánea y más particularmente las teorías del cambio social; es a través de esta experiencia que me volví con el tiempo una socióloga histórica. En estos temas, los problemas de sesgo cultural se presentaban a menudo, aunque los autores estudiados daban por hecho que sus aportes teóricos eran universalmente válidos.

Les daré un ejemplo: hay todo un campo de estudio que ha tratado las revoluciones como un fenómeno genérico con principios y procesos generalizables; grandes nombres en nuestro campo son los de Charles Tilly y Theda Skocpol, entre otros. Los casos estudiados son generalmente las revoluciones francesa, inglesa, rusa y a veces la china, como en el libro de Theda Skocpol *Los estados y las revoluciones sociales*; en cambio, hechos como la Revolución mexicana, que fue la primera revolución social del siglo XX, no aparecen más que en las obras de especialistas de México, generalmente historiadores, aunque tenemos al sociólogo Adolfo Gilly con el libro *La Revolución interrumpida*.

En otras palabras, estas experiencias latinoamericanas han sido invisibilizadas cuando se ha teorizado el fenómeno revolucionario y social. En el caso de Scokpol, se ha excluido la Revolución mexicana por haber sido México una colonia en el pasado; esto lo dice en una nota al pie de página en alguna parte; viniendo de una persona nacida en una antigua colonia de Inglaterra, no parecía una muy buena razón.

Para trascender estos sesgos culturales, nos hemos esforzado en El Colegio de México por enseñar a los estudiantes a pensar críticamente; esto quiere decir que no les damos pastillas premasticadas que tienen que tragar y asimilar acríticamente; para hacer frente a esta situación; lo que se necesita es que nosotros presentemos las obras críticamente, es decir, desarmarlas analíticamente con el propósito de utilizar algunas de las ideas maestras que contienen, pero también de conocer o reconocer las formas de pensar que consideramos que deben excluirse en la construcción de las ciencias sociales en América Latina.

Para terminar, quiero agregar que mi experiencia con los estudiantes de El Colegio de México no se ha limitado a prepararlos para defender su tesis de doctorado: se ha creado una red de exestudiantes que ahora se encuentran investigando e impartiendo docencia en varios países de América Latina. Los grandes cambios en las tecnologías de la comunicación nos han permitido seguir en contacto y producir juntos libros colectivos como, por ejemplo, *Salud pública y regímenes de pensión en la era neoliberal. Argentina, Brasil, Chile y México, 1980-2000*, publicado por el Colmex y que coordiné en 2007, o *Estado y sociedad en América Latina. Acercamientos relacionales*, también publicado por el Colmex, en 2016.

Gracias a esta red, intercambiamos comentarios sobre nuestros trabajos en proceso, lo cual es una gran herramienta para revisar dichos textos en forma crítica. Esta experiencia mía con los estudiantes de El Colegio de México y con las formas personalizadas de enseñanza que la han posibilitado es lo que quería compartir con ustedes. 

El proceso de crecimiento del CEEA

David Lorenzen

Centro de Estudios de Asia y África



Visité El Colegio de México por primera vez en la primavera de 1968, cuando estaba viajando desde Australia, donde hice mi doctorado, para tomar un nuevo trabajo en una universidad del estado de Wisconsin. En ese entonces hice una cita con Graciela de la Lama, quien era amiga de mi profesor y director de tesis en Australia, y ella me mostró El Colegio. Dos años después, en la primavera de 1970, recibí un telegrama de Graciela preguntándome por qué no le había contestado la carta en la que me ofrecía un trabajo en El Colegio. Yo no había recibido la carta y corrí a ver a un amigo, profesor de español, y le pregunté un poco sobre El Colegio; él me dijo que era una institución de primera e inmediatamente le escribí a Graciela diciéndole que aceptaba su oferta de trabajo.

En 1970, el Centro de Estudios de Asia y África tenía como una docena de profesores y cubría las áreas de India, Japón, China y Medio Oriente; los profesores incluían a Graciela de la Lama, Flora Botton, Susana Devalle, Prodyot Mukherjee, Celma Agüero, Rubén Chuaqui, Michiko Tanaka, José Thiago Cintra, Omar Martínez y Manuel Ruiz.

En ese entonces, el grupo de investigación más importante en el centro era el dirigido por Prodyot

Mukherjee, hombre muy brillante y muy carismático; en ese grupo estaban Celma Agüero, Susana Devalle y Michiko Tanaka; juntos, ellos escribieron un libro que se llama *Movimientos agrarios y cambio social en Asia y África*, un libro pionero que todavía vale la pena leer. Prodyot murió de un infarto en 1973 y eso dejó un hueco en el centro, que llenamos con varios profesores visitantes financiados por el gobierno de India. Entre ellos están tres historiadores de India moderna muy importantes: Bipan Chandra, Sybasachi Bhattacharya y K. N. Panikkar; también llegó un profesor visitante para literatura e idioma hindi llamado Yogendra Kumar.

En este periodo, después de la muerte de Prodyot, El Colegio empezó a contratar más profesores, sobre todo tras mudarnos a Camino al Ajusco, en 1977; entre estos profesores para el área de India o sur de Asia estuvieron: Yoshie Awaiharu; Benjamín Preciado, un exalumno mío que estudió también en Australia su doctorado; Uma Thukral; luego, dos años después, Saurabh Dube e Ishita Benarjee, y, finalmente, en años recientes, Adrián Muñoz, también un exalumno mío, y Armando Rentería, un estudiante de Benjamín Preciado.


En estos años, el centro también aumentó el número de áreas geográficas-culturales que cubría y en 1980 cambió su nombre a Centro de Estudios de Asia y África, desde su nombre original: Centro de Estudios Orientales, después de agregar a África subsahariana a la lista de temas o áreas de enseñanza y de investigación. Poco después, también se agregó el área de estudios del sureste de Asia al incluir a Indonesia.

Toda esta expansión tuvo la ventaja obvia de aumentar el número de áreas cubiertas en el centro, pero también trajo el problema de cómo íbamos

a contratar suficientes profesores para programas docentes en cada una de estas áreas.

Mis investigaciones tenían que ver primero con India antigua; luego, más o menos en 1980, empecé a estudiar acerca de un líder religioso de los siglos xv y xvi, llamado Kabir, cuyo movimiento sigue activo hoy en día. A partir de más o menos el año 2000, empecé a estudiar un grupo de misioneros católicos italianos en el norte de India. En los últimos cuatro

o cinco años he estado trabajando principalmente en un estudio de un poeta religioso del siglo xvii.

En todo este tiempo, El Colegio me ha apoyado en todas mis investigaciones y me ha dado libertad casi absoluta de hacer los trabajos que yo he considerado importantes, y estoy muy orgulloso de haber podido trabajar en el Centro de Estudios de Asia y África durante todos estos años. 

El Colegio de México: 80 años de vida académica

Exposición **virtual**


Mirar el mundo, sus espacios, su gente, lo que sucede aquí o allá a través de las pantallas indudablemente que no es nuevo: se inició, por lo menos, con la invención del cinematógrafo a finales del siglo XIX; sin embargo, el vuelco hacia la comunicación a través de las pantallas que se experimentó con la llegada de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación ha representado un gran salto y lo vivido en una dimensión planetaria durante 2020, no se diga.

En el caso de El Colegio de México, esto se traduce en lo que Silvia Giorguli de manera resumida ha dicho de la siguiente manera: “la infraestructura tecnológica, en estos tiempos de contingencia sanitaria, ha tenido un crecimiento exponencial en cuanto a su uso y ha probado ser indispensable para los trabajos de docencia, investigación y difusión del conocimiento, así como para la operación cotidiana de la institución”.

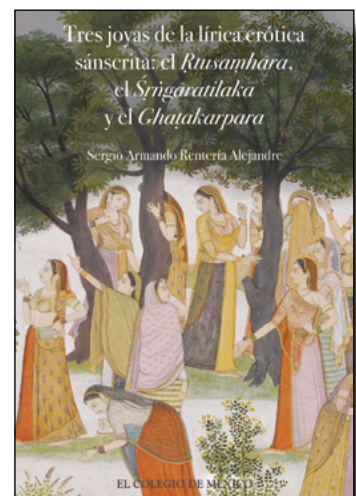
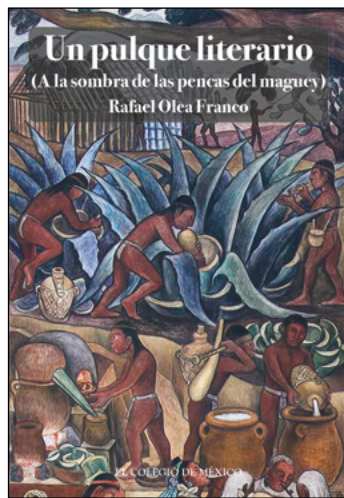
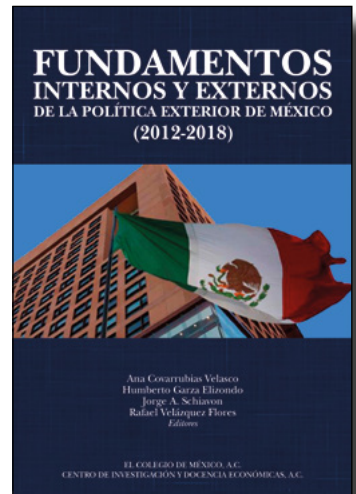
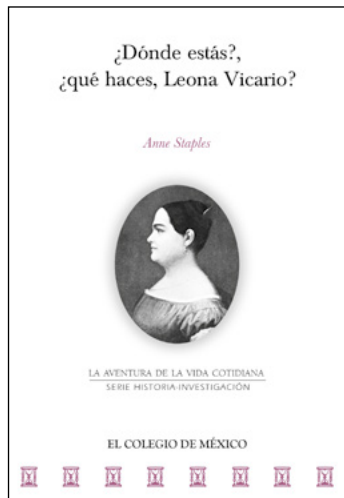
En ese contexto, y en el de los 80 años de nuestra institución, se ubica la excelente exposición virtual “El Colegio de México: 80 años de vida académica”.

¡No se la pierdan!

<https://spark.adobe.com/page/kZcNFiKQikQIa/>

Es un trabajo de la Biblioteca Daniel Cosío Villegas: Micaela Chávez, directora; Eduardo Ruvalcaba, coordinador de Servicios. Guion, investigación y montaje: Valentín Ortiz y Víctor Cid, miembros del personal académico de la Biblioteca. Fotografías de: el Archivo Histórico de El Colegio de México, el Programa de Educación Digital, Víctor Cid, León Ruiz, María Elena Sánchez y Valentín Ortiz. 





El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Carretera Picacho Ajusco 20,
Ampliación Fuentes del Pedregal,
14110, Ciudad de México
Para mayores informes:
Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
o correo electrónico:
elibro@colmex.mx